5128

MICAELA

TRAGEDIA EN TRES ACTOS

Y EN PROSA

PALMA DE MALLORCA

=

TIPO-LIT. DE BARTOLOMÉ ROTGER

1901

PRÓLOGO

Si se pica... y no se peca,
De seguro no hay pecado;
Si peco ó si he picado...
Ni lo sé ni lo he pensado,
Siendo la historia tan seca.

No el deseo de escribir una obra, buena ó mala, motivó el nacimiento de ésta: sino el sentimiento propio en el hombre que piensa, y se siente animado á defender una causa justa, como la de Micaela y demás que tiene su principio en el delicioso explendor de un amor ilegalizado, que fine cuando el fruto de cuyo amor goza del amparo de las leyes que antes se lo negaron, y todo, efecto de dos deberes que representan un insolventable conflicto. Esta causa parecióme tan real, que apesar de ser por mí forjados los personages que representan la tragedia, muchas veces creí que todos vivían, sin la vida que les dí. Y por el sistema monologal procuré demostrar lo funestos que son los efectos de un amor ilegalizado, al ser puesto en impugna con la legalidad matrimonial.

Quien no se hace cargo del sueño de la vida y se deja llevar por el temor que infunden los escrúpulos de

un mal consejero, no solamente se hace esclavo de otro, sino que también se priva de los placeres y dones con que le brindan los tiempos; pero el gozar de ellos, con la libertad que cada cual puede otorgarse, no es permitido en los pueblos civilizados, ó en donde existan leyes; porque de una vida desordenada, sólo se obtiene una perturbación moral y una degeneración material. Vivir sin orden es ir hacia el retroceso, porque el progreso está en el buen orden de las cosas y dé las personas que van hacia el fin que persiguen. Con esta obra, me propongo demostrar, que para evitar los funestos efectos de un amor ilegalizado, puesto en impugna con el legalizado, preciso es que nazca la causa, mientras no cambien el modo de ser las leyes que no pueden resolver tales conflictos. Este es mi único propósito, aúnque aconsejando siempre el mayor respeto á las leyes, ó la anulación de ellas en caso de no responder á las necesidades que motivaron su nacimiento.

Este estudio á más de ser una pobreza literaria, puede ser un error por mí concebido; pero tanto si es bueno como malo, yo soy su padre, y procuré ser tan justo para el reo, como para su defensor y su fiscal.

INTERLOCUTORES

MICAELA. } Matrimonio.
ANDRÉS. }

JUAN. } Id.
GABRIELA. }

PEDRO. } Jóvenes obreros.
BARTOLOMÉ. }

GERTRUDIS, amiga de Micaela.

FÉLIX, amante de Micaela.

RAMON, anciano.

PABLO, criado de Felix.

ANTONIA, cocinera.

FLORENTINO, apoderado.

RICARDO, hijo de Felix y Micaela.

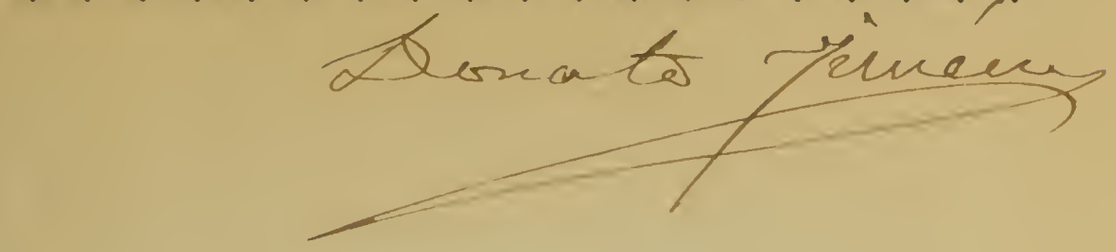
SERAPIO, capatáz del presidio.

Serenos, Agentes de policía y Gente del pueblo.

Este primer drama se supone en Palma, en la época de 1850 á 1860.

La escena figura una sala de la casa de Andrés y Micaela; el portal estará en el fondo y figura dar en un patio ó zaguán; en el lado derecho de este portal habrá un reloj marcando las ocho y media. En el lado derecho de la sala (izquierda del actor) habrá el portal del dormitorio, á cuya habitación se le supondrá una ventana que da á la calle, y al lado del portal habrá una blanca mesa, varios libros encima y un quinqué que figura dar luz á la sala. En el lado izquierdo habrá el portal del comedor y cocina. Además esta sala estará adornada con varias sillas blancas y demás muebles adecuados. El aspecto de esta sala será el propio de ciertas casas de obreros, que el buen orden de las cosas, hace agradable ese aspecto de pobreza.

El drama empieza en la víspera de San Andrés, sábado de la semana, á las ocho y media de su noche.



JORNADA PRIMERA

LA VÍSPERA DE SAN ANDRÉS

ESCENA I

MICAELA

Aparece muy despacio y como pensativa por el portal de la cocina, y como por casualidad mira el reloj y cáusála sorpresa, qne á las ocho y media su esposo no haya venido del trabajo.

MICAELA ¡Las ocho y media, cuanto tarda! Ya no podré ver á Gertrudis... y lo siento con toda el alma! Pausa. ¿Qué pasará?... Nada, aprensión mía; todo me despierta un recelo que luego me infunde temor. El que debe y no puede pagar, al pensar en la deuda, si tiene que perder, sufre, sufre y tiembla como yo! Piensa. ¡Cuantas lágrimas me cuesta esa deuda inliquidable!..

Va hacia la mesa, compone los libros, como quién busca un medio para entretenerse, de pronto tira el que tiene en manos y dice:

¡Es inútil! Se aprieta las sienes. Cuanto más quiero olvidarlo, más acude á mi memoria, y cuanto más busco la soledad,

mayor es la compañía. Por do voy, veo divagan en torno mío esas figuras malditas, que forman el cuadro de mi triste porvenir, y entre ellas, como por encanto, veo á un angelito que me mira, y hasta parece que me dice: ven madre, ven y te daré un beso. ¡Oh Dios mío! Aleja esas quimeras que van á ser mi locura!..

Se sienta en el lado izquierdo y queda pensativa un momento.

¡Pobre hijo mío! Tal vez ahora me llama y yo no puedo responderle. Cuan largos son los días para las madres privadas de ver á sus hijos. Se levanta con presteza. ¿Por qué privarme de ese pedacito de mi corazón, que aminoraria mis penas, y me devolvería la calma? ¿Por qué Dios mío, por qué? ¡Oh! No hay tormento mayor que una alegría fingida, mientras lágrimas de fuego destrozan el corazón de quien sufre!

Queda algo postrada y como entregada á la meditación

ESCENA II

ANDRÉS Y MICAELA

Aparece por el portal del fondo y sin detenerse dice alegremente.

ANDRÉS ¡Micaela!

MICAELA ¡Andrés! Vánse al encuentro.
¿Eres tú por fin?

ANDRÉS Sí amada esposa. Abrázanse.
¿Me esperabas eh?

MICAELA Ansiaba por tu tardanza. ¿Estás cansado?

ANDRÉS No mujer y menos hoy que es un sábado alegre; aúnque para mí lo son todos los días que paso á tu lado.

MICAELA Que pícaro eres...

ANDRÉS No Micaela, lo que soy un esposo muy feliz.

MICAELA ¿De veras?

ANDRÉS Sí, porque al ver la limpieza y orden de nuestra pobre casita, la solicitud con que me sirves para aminorar mis fatigas, el cariño con que me tratas, el amor con que me miras y la bondad con que me mandas, todo hace mi felicidad. Contigo nuestro hogar parece un santuario en donde solo reina la virtud, la grandeza, la prosperidad y todo ligado con el lazo que forman las poetizadas flores que brotan de tu alma, como hijas del cariño y del puro amor que nos une.

MICAELA Gracias. Verdad es que procuro labrar tu dicha, para con gratitud corresponder á tu generosidad y aún no lo consigo cual mereces.

ANDRÉS Ya sé cuan buena eres, y por eso te quiero tanto como me quiero á mí mismo. ¿Vamos á cenar gloria mía?

MICAELA Sí, la cena espera hace rato.

Andrés va por el quinqué y dados unos pasos se detiene, como quien hace un descuido y dícela algo burlesco.

ANDRÉS Oye, oye vida mía...

MICAELA ¿Qué quieres?

ANDRÉS El diablo son las cosas, se me olvidaba el decirte una y buena, tan contento estoy.

MICAELA ¿Cuál?

ANDRÉS ¿A qué no lo adivinas?

MICAELA Quién sabe, tal vez...

ANDRÉS ¿Qué?

MICAELA No, dilo: no hágasme pensar.

ANDRÉS Pues... mañana vamos á echar una cana al aire...

MICAELA ¡Mañana!

ANDRÉS Sí ¿y sabes por qué?

MICAELA Vaya una pregunta. ¿Por qué ha de ser sino para conmemorar el día de tu santo?

ANDRÉS No, no.

MICAELA ¿Pues?

ANDRÉS Saqué de la lotería; venga un abrazo, luz de mis ojos.

Abrázanse y ella dice contenta.

MICAELA ¿Y cuánto sacaste, mil pesetas?

ANDRÉS ¿Mil pesetas?

MICAELA ¿Más todavía?

ANDRÉS Sí, ochenta...

MICAELA ¿Ochenta mil?

ANDRÉS No, ochenta reales.

MICAELA ¡Jesús que poco! ¿Como no pusiste más?

ANDRÉS Porque no te enfadaras y volvieras á decírme si soy como los chamarillones...

MICAELA Te lo dije por broma, y sobre todo, mientras ganes no me enfadaré; pero si pierdes.. será igual que tirar el dinero al fondo del mar.

ANDRÉS Muy bien: si que estás despabilada...

MICAELA ¿Te parece?...

ANDRÉS Sí, sí: con ese talento que tienes... podrías ser consejera de una Reina, que también juega... y no siempre gana.

MICAELA Ja, ja, ja, como te chanceas...

ANDRÉS ¿Te ries?

MICAELA No; pero..

ANDRÉS Pero... La cena enfría.

Andrés coje el quinqué y ella dice.

MICAELA Aún no hemos terminado...

ANDRÉS Ni empezado y tengo mucha gana. *Va hacia el comedor.*

MICAELA Oyeme por Dios.

ANDRÉS Luego.

MICAELA Una palabra.

ANDRÉS ¿Una sola?

MICAELA Sí.

ANDRÉS Media hora más... *Deja el quinqué, se sienta cómodamente y dícela:* Ya te escucho, habla.

MICAELA Ja, ja, ja, muy bien hombre; podías des-

mayarte. Quieres tomar un caldo antes de oirme?...

ANDRÉS No, no: muchas gracias, puedes hablar.

MICAELA Nada: deseaba saber á donde iremos á pasar el día de mañana.

ANDRÉS A Valldemosa. ¿Te gusta?

MICAELA Muchísimo.

ANDRÉS Iremos todos en un carro y partiremos al romper el día. Levántase muy gozoso. Ya verás que juerga vamos á correr...

MICAELA Oye, ¿quienes son los demás?

ANDRÉS Juan, su esposa, Pedro y Bartolomé, todos copartícipes del premio, menos ella y tú.

MICAELA (¡Ella con nosotros!. .)

ANDRÉS ¿Qué te pasa?

MICAELA Nada...

ANDRÉS Como palideciste...

MICAELA Estoy bien y muy contenta. En mi patria y á tu lado, bien puedo creerme la más feliz. (¡Cuánto sufro!..)

ANDRÉS Como yo, que me creo el más dichoso al contemplar tu hermosura, y no me canso de decir: bendito nuestro retorno y nuestra roqueta, ya que tanta dicha nos ofrece. La abraza y dícela con ternura. ¿No es verdad que somos venturosos, al gozar juntos y tranquilos, las dulces primicias de la añorada patria?

MICAELA Sí Andrés.

ANDRÉS ¡Oh felicidad mía! La abraza. Tú eres ella. Llaman. ¿Qué? ¿Han llamado?

MICAELA Creo que sí.

ANDRÉS Voy á verlo. Va hacia el fondo.

MICAELA (Serán ellos?..) Llaman.

ANDRÉS Adelante. Aparecen Juan y Gabriela y salúdanse.

MICAELA (¡Lo son!..)

ESCENA III

JUAN, GABRIELA Y DICHOS

Aparecen contentos y se saludan con cordialidad.

JUAN ¡Amigo mío!

ANDRÉS Buenas noches.

GABRIELA ¿Qué tal Andrés?

ANDRÉS Muy bien, adelante, adelante.

Micaela les dá las espaldas y al notarlo Gabriela dice:

GABRIELA Oye ¿como está tan callada Micaela?

ANDRÉS No sé.

GABRIELA ¿Hay moros en costa?...

ANDRÉS Lo que hay es paz y alegría.

JUAN Como en mi casa...

GABRIELA Ya metió la pata y si no lo dice... reventa.

JUAN ¿Que vamos á empezar la de siempre?..

GABRIELA Anda

JUAN Mucha paciencia se necesita para sufrir á una mujer, y si es como tú...

GABRIELA ¿Qué?

JUAN Vale más morir.

GABRIELA ¿Y á tí quién te sufre, mala estampa?

JUAN Si me enredo contigo!..

GABRIELA ¿Conmigo?.. Anda.

Gabriela va hacia Micaela y queda tras ella contemplándola.

ANDRÉS Paciencia, amigo, paciencia, que así se gana el Cielo...

JUAN ¿Y si la paciencia se acaba?

ANDRÉS Hombre, si se acaba... paciencia.

Figuran seguir hablando.

GABRIELA Micaela ¿como estás?

MICAELA Bien ¿y tú? Con indiferencia.

GABRIELA Lo mismo. Vengo á verte... ya que tu no vienes.

MICAELA Las ocupaciones no me lo permiten, y además no salgo de casa no siendo con mi marido.

GABRIELA Pues por eso vengo yo, y además... tenemos que hablar en serio porque la cosa se complica. ¿Quieres oirme?

MICAELA Habla; pero bajito.

Se sientan y figuran continuar la conversación.

JUAN ¿Con qué todo está preparado?

ANDRÉS Sí, sólo falta un carro que nos lleve.

JUAN Esos dos han perdido la hora.

ANDRÉS Los jovenes siempre corren y nunca llegan.

JUAN Basta lleguen á hora de partir.

ANDRÉS Vénganse cuando quieran.

JUAN Y tú ¿cenastes?

ANDRÉS No; pero no importa, la alegría me quitó la gana.

JUAN Ya lo creo: hoy la lotería, mañana tu santo, y vas á pasar un día tan feliz, que á saberlo el Papa... de seguro te envidiaría.

Ríense.

GABRIELA Contentos están.

MICAELA Como yo...

GABRIELA ¿Pero qué tienes? Parece que llevas el diablo en el cuerpo...

MICAELA ¿Y aún me lo preguntas?..

GABRIELA Déjate de manías y escucháme al fin.

Figuran hablar.

JUAN Mentira parecen cosas que pasan en el mundo.

ANDRÉS Y ya lo ves, no lo son.

JUAN Lo que sucede á Bernardo es tan colosal que si no lo viera lo dudaría.

ANDRÉS Y tan colosal; pero en España... no se puede esperar menos.

JUAN ¿En qué país se ha visto que las leyes pierdan al hombre honrado que las cumple?

ANDRÈS En éste... y en los demás.

JUAN ¿Y te parece justo?

ANDRÈS Qué quieres que diga...

JUAN Hombre, la causa de esas brutalidades...

ANDRÉS Chico, la causa, la motivan muchas causas, y la principal, es que el rico hizo la ley para el pobre; el rico la hace cumplir como quiere, y el pobre la cumple como se lo mandan; pero tampoco creas que toda la culpa sea del rico, á nosotros nos toca una parte... Los pobres siempre nos quejamos de las leyes, de sus administradores, de los legisladores, de los Gobiernos y de todos menos de nosotros siendo tan culpables como los demás. A Bernardo le pasa lo que á todos los buenos que viven entre los malos ¿y sabes qué tiene la culpa de ello?

JUAN ¿Qué?

ANDRÉS Nuestro modo de pensar y ser, y en prueba de ello: Si un hombre de bien va por el camino. los malos le apedrean, y si para librarse de las piedras sale del camino, le prenden y le castigan. Y si todos somos así ¿qué motivo hay para quejarnos?

JUAN Es verdad; pero á mí me parece que por sus ideas, no deben privar de la libertad y de la honra, al pacífico ciudadano que puede gozar de todo ello.

ANDRÈS Eso es infame; pero chico .. ¿que hay que hacer?.. Al hombre no se le puede castigar por sus ideas, sean buenas ó malas, porque él no las compra ni las busca; sino que nacen en su mente como la flor en el campo; pero á quien gobierna, poco le importa todo eso para que las cosas vayan á su gusto. Si la ley no puede penetrar nuestros pensamientos, la injusticia nos lleva á la cárcel y es lo mismo.

JUAN Tienes razón.

ANDRÈS — A Bernardo le quitaron el trabajo... por sus ideas, y por lo mismo se pudrirá en un calabozo, aúnque muera de hambre su familia.

JUAN — Y total porqué es...

ANDRÈS — Silencio que ellas no oigan, que la mujer se confiesa por todos y en estos tiempos... la cosa es muy peligrosa. Figuran hablar.

MICAELA — Gabriela estás en un error; soy feliz y Andrés no es un esposo, sino el ángel del hogar.

GABRIELA — Como el mío; pero de todos modos, si yo fuera como tú...

MICAELA — Hablemos de otra cosa, porque todo eso es inútil.

GABRIELA — No seas terca; Andrés te engaña y tú estás mal porque quieres.

MICAELA — Hablas por experiencia propia, y si el tuyo es malo... el mío es bueno.

GABRIELA — Mentira; todos son malos.

MICAELA — No lo creas: á los hombres hay que saber entenderles para que dure la dicha.

GABRIELA — Pues yo no sé que hacer; el mío es peor que los diablos. Ayer al ponernos á comer, tiróme la cazuela y por poco me mata.

MICAELA — Y eso ¿por qué?

GABRIELA — Porque no puse sal al arroz, y hoy no ha querido comer, porque no he puesto carne ni tocino en el puchero. Por una vez...

MICAELA — Sí: por una vez cada día; dale caldo de cuchara...

Se oye el rasguear de una guitarra y todos escuchan un momento; ellos se levantan y dicen:

ANDRÈS — Deben ser ellos. Se oye de más cerca.

JUAN — Si: lo son. Escúchanla.

GABRIELA — Yo no voy á Valldemosa ¿y tú?

MICAELA — Haré lo que Andrés mande.

Dánse las espaldas, y Gabriela se queda mirando á los hombres que bailan la jota acompañada de la guitarra.

JUAN — Venga venga.
ANDRÈS — Viva la felicidad.
GABRIELA — (¡No la vencí!)
MICAELA — (Las lágrimas de la alegría y las del dolor, juntas estais!)

Empieza la coola, jota, como suelen cantarla en Mallorca, y al oirla se paran y Pedro canta

PEBRO — Gloria y gracias San Andrés.
ANDRÈS — ¡Calla! Escuchan.
PEDRO — Dadnos salud y alegría,
Un premio de lotería
JUAN — Pero más gordo.
PEDRO — Y buena suerte después;
El título de un Marqués...
ANDRÈS — Atiza...
PEDRO — Y mañana un buen día.
JUAN — Y que nos dé la América y el Perú...
ANDRÈS — No tanto: buen día y salud.
GABRIELA — ¡Buen día!

Aparecen Pedro y Bartolomé; el primero lleva la guitarra.

ANDRÈS — Bendita la madre de tu gracia, gracioso!..

ESCENA IV

PEDRO, BARTOLOMÈ Y DICHOS

Son dos jovenes solteros y de buen humor, todos compañeros de taller, y al aparecer dice:

PEDRO — Ele ele. Deja la guitarra.
JUAN — Porque se puede.
BARTOLOMÈ — Ya estamos de jaleo.
ANDRÉS — ¿Cómo va camaradas?
PEDRO — De primera hombre, de primera.
ANDRÉS — Así me gusta: salud y alegría, y á las penas...
JUAN — Vasos de vino.
BARTOLOMÈ — Eso: vino... y gana.

Estos figuran seguir hablando y Pedro se acerca á ellas.

PEDRO — Niñas: parece que estais rezando... dejadlo para otro día.

GABRIELA No tal.

MICAELA Hablábamos...

PEDRO Del niño Jesús ó de las Cuarenta-Horas ¿no es eso...?

GABRIELA Lo adivinaste...

MICAELA (¿Sabrá algo?)

ANDRÉS Muchachos: antes de partir vamos á tomar una copa de Santamaría.

JUAN Buena medicina para matar los gusanos...

ANDRÉS Micaela: saca aquella botella. Va hácia la cocina. En ocho años que estuve en Valencia, siquiera pude probarla.

JUAN Ya lo creo: Mallorca es muy rica en aguardientes.

GABRIELA Y en bebedores...

JUAN Así te cayera la lengua, marrana!

Amenazándola.

GABRIELA Y todo porque no diga si bebes mucho ó poco...

JUAN Si no callas!..

ANDRÉS Vamos, hombre; déjala.

GABRIELA Ese maldito aguardiente me cuesta más palos que no vales tú, mala raza!

JUAN Y los que te costará!...

BARTOLOMÈ ¿Y eso, es broma ó que es?

JUAN Bueno estoy por bromas, con esa pava real...

Viene Micaela y pone la botella sobre la mesa, y cuatro vasos pequeños.

MICAELA Ahí la tienes Andrés.

ANDRÉS Eso es la vida.

JUAN Y la gloria.

Andrés llena los vasos y Micaela se acerca á Gabriela y dícela:

MICAELA Ya lo ves: obedeciendo y hablándoles con dulzura les convertimos en niños; la humildad anula la fuerza.

GABRIELA ¿Humildad? Mala cara, buenos gritos, y veremos quien podrá más.

Andrés acaba de llenar los vasos y dice:

ANDRÉS — Y cuatro. Muchachos á beber y en marcha.

PEDRO — Sí, sí: bebamos y al avío.

Coje cada cual un vaso.

ANDRÉS — A la salud de todos y á la tuya Micaela.

Esta le da gracias con un gracioso movimiento de cabeza.

JUAN — Andrés: para tu santo y para los demás venideros y pasados.

PEDRO — Y para tí para cuando lo seas...

BARTOLOMÈ — La mía: para que nos caiga el premio gordo!..

ANDRÉS — Eso sí.

JUAN — El gordo, el gordo.

PEDRO — Y la mía: para que mañana tengamos un día feliz y para que rabien las suegras...

GABRIELA — Y yo brindaré para que no falte vino...

MICAELA — Calla que no te oiga.

GABRIELA — Has creído que les temo y te equivocas, yo no temo á nadie.

JUAN — Vámonos que las horas pasan volando.

Se disponen á partir.

GABRIELA — No olvides, buen mozo, que en vez de darme una copa me ofreciste la tranca...

JUAN — Ahí tienes la botella, bebe si quieres y sino...

GABRIELA — Rebienta.

JUAN — Ojalá.

GABRIELA — ¿Sí? Te acordarás.

ANDRÉS — ¿Me esperas Micaela?

MICAELA — Sí; pero no tardes.

ANDRÉS — Bien, tráeme la capa.

Micaela váse al dormitorio.

JUAN — Y tú, si no quieres esperarme, en casa falta gente.

GABRIELA — Haré lo que quiera.

Se sienta mostrándose enojada.

ANDRÉS — Ya lo habeis visto: en cien leguas á la redonda no se encuentra otra Micaela.

BARTOLOMÉ De eso si que puedes estar seguro.
PEDRO Micaela es un tesoro.
JUAN Como la mía, que no siendo á fuerza de palos nada se consigue. Viene Micaela y pone la capa sobre las espaldas de Andrés, mientras Gabriela dice:
GABRIELA ¡Mientes charrán! Se levanta.
MICAELA Así, bien abrigadito.
Poniéndole la capa.
JUAN ¡Si te doy una morrada!...
ANDRÉS No seas niño. Vámonos.
BARTOLOMÉ Sí, vámonos, que el aire libre mata la rabia...
ANDRÉS Adios vida mía.
MICAELA Adios.
PEDRO Hasta la madrugada.
BARTOLOMÉ Qué, hasta la madrugada, esta noche no se duerme, hasta luego.
JUAN Y tu ¿has oído?
GABRIELA ¡Sí! Con desprecio.
JUAN ¡Tienes ventura!...
GABRIELA Anda, vete
ANDRÉS Juan: ¿vienes ó no?
JUAN ¡Te acordarás de hoy! Vamos.
GABRIELA Y tu también...

Vánse todos y ellas quedan mirándose un momento.

ESCENA V

MICAELA Y GABRIELA

Gabriela va hácia el portal.

MICAELA ¡Poca vergüenza! Yo no aguanto más.
Se sienta y viene Gabriela diciendo:
GABRIELA Ya estamos solas.
MICAELA Lo celebro.
GABRIELA ¿Sí?
MICAELA Sí, (y acabaremos de una vez.)
GABRIELA Pues yo también. Se sienta. ¿Te convenciste de que mi esposo es un demonio, y

que en cuanto le digo palabra, si le dejan, primero es la bofetada que la respuesta?

MICAELA ¿Y tú, no te convenciste de que el mío es un ángel?

GABRIELA Eso... no lo sé.

MICAELA Pues .. sépaslo, y no me hables más de Felix. Mi deber es mi dignidad y lo cumpliré como Dios manda.

GABRIELA Ja, ja, ja, dignidad, no te burles...

MICAELA ¡No empecemos!

GABRIELA Si pareces una santa ..

MICAELA Me buscas y te pesará...

GABRIELA Va, va: no vengas con músicas porque no me divierten... Bebamos y luego... Coje la botella y dos vasos y va hacia ella.

MICAELA ¿Qué?

GABRIELA Puede que nos entendamos. Toma, no seas puntosa.

MICAELA No quiero beber ni hablar, déjame.

GABRIELA Está bien, y no te apures por tan poca cosa, yo beberé las dos... Una sola podía sentir añoranza; pero las dos juntas... ya no. A nuestra salud. Bebe una. Y que todo vava bien. Bebe la otra. Queda mirando á Micaela y después de un momento dícela algo burlesco. Podías haber dicho gracias.

MICAELA ¿Quieres hacer el favor de dejarme en paz?

GABRIELA Sí, mujer, no te sulfures, detén esos nervios, porque á mí, venirme con amenazas... es igual que tirar piedras al Sol. Ay caramba con la niña, y que geniecillo que tiene... Va á dejar las copas y la botella. Micaela muéstrase desesperada.

MICAELA ¡Ay que ganas tengo!...

GABRIELA Ya me voy... quiero saber de qué van y adonde van .. Hasta luego Micaela .. Vase por el fondo y Micaela, en actitud amenazadora, queda mirándola.

ESCENA VI

MICAELA

Micaela como si se sintiera dispuesta á la lucha, da unos pasos hacia el fondo y luego se detiene y dice:

MICAELA ¡Te desprecio, bellaca! Pausa ¡Así te tragara un abismo y no quedara ni tu recuerdo! ¡Oh villana! Tú serás mi perdición, mi muerte y el espíritu maligno que arrancará la paz del hogar y el bienestar á un inocente; guardas un secreto que no te pertenece, que es mi baldón y que vale tu muerte! ¡Oh si yo pudiera!.. Si pudiera arrancarte esa lengua que me martiriza, mía fuera la razón y muerto el peligro; pero no: la desgracia cruel me abandona!

Se deja caer en una silla junto á la mesa, apoya los codos sobre ésta y la cabeza la sostiene con las manos, mostrando así gran abatimiento; levántase luego y mira á todas partes como quién despierta de un pesado sueño y dice:

No, no es ilusión mía, el corazón me lo dice, sufro y no sé por qué; sólo recuerdo que soñando ví la realidad y ahora que estoy despierta todo me parece un sueño! ¿Por qué perturba mi mente y me sigue fingiéndose amiga, quien por un puñado de oro busca mi perdición? ¡Si tuviera corazón, si sufriera horriblemente como yo, no hallaría el bienestar en su maldad y en su desenfreno! Mi casa no es un infierno, como la suya, ni mi esposo un demonio; pero yo, aquí siento el insufrible fuego infernal que me abrasa el corazón! ¡Aquí, aquí! ¡Oh pobre de mí! Cuantas lágrimas se vierten, mientras una falsa sonrisa indica felicidad; cuantas veces la pasión, ó esa realidad ilusoria, nos coloca sobre el borde del abismo; y cuantas veces el malvado sacrifica al inocente, al indefenso, al amparo de esa pobre justi-

cia humana! No es ilusión, no; todo es realidad, y hasta la protección que me dispensa ese vegestorio ruín, (que parece bálsamo rociado sobre mi corazón), se convertirá en plomo derretido y gota á gota caerá sobre mi alma! ¡Oh vergüenza! ¿Por qué me hiciste guardar este secreto que voy á llevar á la tumba?

ESCENA VII

GERTRUDIS Y MICAELA

Aparece Gertrudis y desde el portal dice á media voz:

GERTRUDIS Micaela.

MICAELA ¿Quién me llama?

GERTRUDIS Yo, hija mía.

MICAELA ¡Oh señora: el cielo os envía. Abrázanse.

GERTRUDIS ¿Lloras? ¿Qué pasa?

MICAELA Esos lúgubres pensamientos que enlutan el alma mía; todo se nubla y cuánto más funesto lo veo, sufro tanto, que al pensar en la muerte no sé si me siento feliz!

GERTRUDIS Tranquilízate: Dios no abandona á los buenos aúnque sean desgraciados. A las nueve Don Ramón estará en casa y el asunto quedará terminado; vine á darte esta noticia y me voy.

MICAELA Gracias. ¿Y de mi hijo, sabeis algo?

GERTRUDIS Sí, le he visto esta tarde, ya te lo contaré, D. Ramón debe esperarme.

MICAELA No; ahora, y ved que os lo ruego con el alma!

GERTRUDIS Eres madre; escucha: Las cuatro de esta tarde serían cuando por allí pasé; observé y nada ví; pero la curiosidad motivó el deseo de verle. Medité un momento y por fin entré; me asomé al ventanillo que da al jardín y ¡oh que cuadro tan encantador! padre é hijo jugando estaban. Luego sentó sobre sus rodillas aquella hermosa criatura, contemplóla un momento

y exhaló un suspiro que pareció arrancado á un alma en pena!

MICAELA ¿Por qué?

GERTRUDIS Con sus lágrimas bañó la hermosa frente de aquel rostro angelical que le sonreía, y exclamó: qué dicha si darte una madre pudiera; pero la tendrás aúnque á costa de mi vida!

MICAELA ¡Imposible! ¡Oh Dios mío! Pausa. Si yo le hubiera visto se lo habría robado con una sola mirada!

GERTRUDIS No desconfies Micaela; si vacilé ya pasó. Don Ramón cumplirá como caballero y yo como amiga leal. ¿Quieres venir?

MICAELA No puedo; el corazón me dice un no sé qué .. y francamente: le temo.

GERTRUDIS No seas tan maliciosa.

MICAELA La experiencia enseña más que los libros.

GERTRUDIS Es verdad; pero no hay motivo para desconfiar de él; en tales casos una villanía sería un pecado imperdonable á que no querrá incurrir ningún católico, y además; bien sabes que estoy á tu lado.

MICAELA Lo comprendo; pero no vendré.

GERTRUDIS Como quieras.

MICAELA Yo os esperaré.

GERTRUDIS Pues hasta luego.

MICAELA Adios.

ESCENA VIII

DON RAMÓN Y DICHAS

Al partir Gertrudis aparece D. Ramón y desde el portal dice:

RAMÓN ¿Quien hay en la santa casa?

GERTRUDIS Dios y nosotras.

Gertrudis se acerca á Micaela y dice: ¡Es él!

RAMÒN ¿Hay permiso?

GERTRUDIS Sí, pase D. Ramón.

RAMÓN (Lo adiviné...) **Va hacia ellas.**

MICAELA (¿A que vendrá?..)

RAMÓN Perdonad mi inoportunidad.

MICAELA Señor.,.

RAMÒN Necesito hablaros y como no hallé á Gertrudis, preciso me fué daros esa grata sorpresa.

GERTRUDIS Estábamos hablando... y la hora nos pasó.

RAMÓN No importa: Lo mismo es aquí que allá. Dice á Gertrudis. (¿Sabe Micaela cual es mi propósito?)

GERTRUDIS (Sí... y no).

RAMÓN (Pues se lo diré; hay que aprovechar el tiempo y la ocasión). Va hácia Micaela.

MICAELA (¿De qué hablarán?)

RAMÓN Micaela: sólo un deber de conciencia podía obligarme á defenderos y á libraros del peligro que os amenaza; para conseguirlo puse mi espíritu en Dios y de El lo espero todo Tan desgraciada sois, que sin mí protección pronto os veríais odiada del esposo.

MICAELA ¿Odiada por él? ¡Oh no! Antes prefiero morir!

RAMÓN Siguiendo como yo os diga poco habreis de temerle; pero si hicierais lo contrario... vuestra sería la responsabilidad.

MICAELA Seguiré vuestro consejo, y agradezco el buen propósito que os anima.

RAMÓN No, no: eso son deberes del hombre honrado. Cuando dispenso mi amistad ó mi protección á una persona, no es por interés, sinó por puro aprecio; yo no tengo miras mezquinas, soy demócrata y quiero mucho á los hijos del trabajo, y sino que lo diga Gertrudis.

GERTRUDIS Sí, á mí me da casa franca...

RAMÓN Esta noche quedará cumplida mi promesa y así tendreis una prueba de mi lealtad.

MICAELA ¿Esta noche?

RAMÓN Sin duda.

MICAELA Guardaré eternamente grabado en mi corazón, el recuerdo de tan valioso favor!

GERTRUDIS No esperábamos menos, ya la dije cuán bueno sois.

RAMÓN Muchas gracias. Ahora falta poner una condición, y que de no cumplirla, todo se perdería.

MICAELA ¡Una condición! ¿Cuál?

RAMÓN Que habeis de volver á Valencia lo más pronto posible.

MICAELA ¿Por qué?

RAMÓN Pobre inocente niña: ¿no comprendeis que en Palma no hay secretos, y lo que se hace hoy á lo más se sabe mañana?

MICAELA Así es, por mí desgracia..!

RAMÓN Si ello fuera descubierto ¿que haríais despreciada del esposo, aborrecida del amante, sin honra, sin nombre y sin amparo? La penitencia sería mayor que el pecado. Volved á Valencia ó á donde no os conozcan, buscad la paz en un rincón del mundo, olvidad á ese calavera que es vuestra perdición y mi desgracia, y sobre todo: tened á vuestro hijo en un seguro lugar que no pueda descubrirlo su padre, única manera para que sea un secreto...

MICAELA Teneis razón; pero... ¿cómo digo volvamos á Valencia si apenas acabamos de venir de allí?

RAMÓN No os preocupeis, yo se lo diré.

GERTRUDIS ¡Que sentimientos tan nobles!

RAMÓN Mañana vendré á Valldemosa y le pondré al corriente... como convenga. ¿Y aún habrá quien dude de mí?

GERTRUDIS No lo creais.

MICAELA (Partir otra vez!..)

RAMÓN Ya lo sabeis: valor y no preocuparse.

MICAELA (Imposible!..)

RAMÓN Gertrudis espérame en tu casa, y sea cual fuere la hora yo iré.

GERTRUDIS Está bien.

RAMÓN Micaela: prudencia y chitón... Adios. Vase.

MICAELA El os guarde.

GERTRUDIS También me voy.

MICAELA Como querais.

GERTRUDIS No te apenes, que la suerte y la desgracia van juntas.

MICAELA Juntas van, y al separarse, la desgracia vendrá aquí, y la ventura me aguardará en la tumba! Gertrudis la abraza.

GERTRUDIS Tranquilízate, y confía en Dios, porque El lo puede todo! Hasta luego. Suéltala.

MICAELA Adios. Micaela queda cabizbaja y llorosa; Gertrudis da unos pasos hacia la derecha, contémplala un momento y dice:

GERTRUDIS Llora, pobrecita, me da lástima. ¿Por qué los buenos han de ser tan desgraciados? ¡Oh mundo cruel! Pero yo no la abandonaré! Vase precipitada.

ESCENA IX

MICAELA

Esta da unos pasos hacia el fondo, como quien anda maquinalmente; levanta la cabeza, mira á todas partes y dice muy apenada:

MICAELA Sóla ya. Pausa. Sóla mi alma, sóla cual reo en su capilla que no tiene más compañía que el recuerdo de su crimen! Sin razón, sin amigos y aún sin esperanza, oh cuan sóla estoy! Hermoso aspecto el de mi causa, la ventura me brinda y todo alienta mi sueño; pero ay: cuán triste veo la realidad en el fondo de tanta belleza! Pausa. Si D. Ramón es un amigo y Gertrudis una madre, y con ellos no consigo levantar mi escupida frente ni acallar la voz que me acusa en cada soplo de mi vida ¿qué gano al fin? ¡Oh tiránico poder! Sufriré tus iras, por no matar la dicha de un inocente que vive feliz!.. Siéntase y dice como si hablara consigo. Que día: todos los

recuerdos de mi pasado vienen evocando lágrimas! Levántase. ¿Por qué ese tormento inmerecido ha de pesar sobre mí abatida existencia? ¡Cuán dulce ha de ser la muerte que arranca la penosa vida! Ya no hay esperanza, túrbaseme la razón, el corazón se oprime, la fuerza me abandona y estática contemplo á esa ventura sin entrañas que me amenaza! ¡Oh Señor! ¿Por qué no me ayudais, por qué no me dais la muerte si es la única salvación!

Vase llorosa hacia el dormitorio.

ESCENA X

GABRIELA

En el mismo momento en que Micaela penetra en el dormitorio, aparece Gabriela.

GABRIELA — Micaela. Al oirla Micaela se coloca tras de la puerta y escucha, Gabriela vuelve á llamarla. Micaela. Pausa. No está... Vaya con la santurrona; abandona la casa y va de las suyas... como todos. Ya pueden ir juntos santos y demonios... No creo que tarde, dejó abierto... la esperaré. Siéntase en el lado izquierdo Hoy la convenzo y la obligo á seguir... ya veremos. Lo que importa es dinero y pasarlo bien; porque el ser pobre cansa y el tener un marido gruñón aborrece, y yo para huir de todo ello, me colgaré al levitón de D. Felix y vengan cuartos... Levántase. Con que impaciencia debe esperar noticias... como yo los doblones... ¿Y qué diremos del viejo simplón que tan bien me paga para que le engañe?... Después dirán que una mujer no vale... y yo lo llevo todo revuelto; ellos hacen la comedia y yo... ja, ja, ja.

MICAELA — (La traición!)

GABRIELA — Yo entiendo el mundo; pero á esa... tampoco le vá mal. Delante de su esposo todo es comedia y el bobo tan satisfecho.

MICAELA (¡Villana!)

GABRIELA Aúnque á mí no me importa, mientras haga lo que yo quiera...

MICAELA (¡Te conozco, ay de tí!)

GABRIELA Ahora debe estar en casa de Gertrudis; esa la enterará de todo, ella me entera á mí, yo á Don Felix y así seguirá la bola... Y que se las compongan como quieran, que á mí: sólo me importa cobrar los hermosos durejos que ya me parece verles sonantes y cantantes...

ESCENA XI

FELIX Y GABRIELA

Felix aparece con el abrigo envuelto como si quisiera no ser conocido; aparece receloso y después de una escudriñadora mirada va hacia Gabriela.

FELIX Gabriela: ¿qué hacías sola?

GABRIELA La esperaba... mientras hacía mis cálculos ..

FELIX No importa que los hagas; soy agradecido y si la convences, cobrarás con largueza el buen servicio que me prestes.

GABRIELA Así me agrada, y oiga: por lealtad, yo; por conseguir una cosa, yo; y lo que no consigue la *pimentera*... no lo consiguen los diablos.

FELIX No lo dudo; pero en este momento no me haces falta, vete á casa y espérame.

GABRIELA Como quiera.

FELIX Sí, sí: vete.

GABRIELA (Mientras caigan plumas... despáchate como quieras.) Ese hombre es una mina y yo hallé el filón. (Vase.)

Desaparecida ésta, él busca en el espacio y dice con marcada tristeza.

FELIX Sin ella: cuanta soledad y tristeza se refleja; todo yace en un profundo sueño y hasta el silencio parece más mudo que antes! ¡Oh Micaela! Sin tí todo está falto de vida y falto de aquella alegría que da

tu hermosa presencia. Micaela muéstrase afligida. ¿En donde debes estar, ángel de mi ilusión? Si pudiera hablarte y venerarte, cual diosa de mi alma, que feliz me creería! ¿Por qué el Cielo me priva de mi dicha, de ese torbellino de mi mente, de ese ser ideal que es la madre de mi hijo? ¡Oh Micaela mía: Siempre te seguiré y desesperadamente lucharé por tí, sí: porque la lucha da la victoria ó la paz en la tumba! Pero Felix: conviene que el egoismo no te robe la serenidad y prudencia; vamos antes que venga su esposo y me pida explicaciones que no podría darle. Vase. Esperemos...

Micaela sigue á éste con la mirada.

ESCENA XII

Micaela

Micaela queda mirando al fondo, apoyada en la puerta y como si le faltara fuerza para desprenderse dice con marcada pesadéz:

Micaela — Esperemos... sí: esperemos que todo se precipite, que el mundo se hunda y que yo acabe antes que todo. Va precipitada hacia el portal, mira hacia fuera, retrocede y dice: No está; prolóngase mi agonía! Pausa. El me quiere, él es rico y con el dinero se allana... hasta el camino del Cielo! Con el oro todo se atropella y envilece, el oro es el brazo potente de los cobardes, la victoria de las almas ruiues, la ley y la razón de los malvados que encomiendan su alma, á ese dios oro, supremo rey en la tierra! Enemigos poderosos me rodean, no puedo evadirme y sólo me queda la luz del Cielo, para no ir en tinieblas; pero si D. Ramón cumple su palabra, inútil será vuestro afán, porque entonces podré verle, abrazarle y hasta comerlo á besos, si, sí: todo lo podré, menos decirle... yo

soy tu madre! Muéstrase excitada y ilorosa. Este pensamiento me aterra, la cabeza se me va, tristes presentimientos me apenan, Aparece Felix llevando el abrigo sobre las espaldas, dá unos pasos y queda mirándola. los abismos me amenazan y sombras funestas me rodean. Parece que la bóveda me aplasta, me falta el aire; todo se confunde y solo veo esas fantasmas que se apoderan de mí; Felix se le acerca como temeroso. no, suelta, suéltame; quiero huir, Andrés! Como delirando.

ESCENA XIII

FELIX Y MICAELA

Al verse Micaela presa de los fantasmas que la rodean, da un grito desesperado y en vez de contestarle su esposo, respóndele Felix que está á unos pasos de distancia.

FELIX ¡Micaela!

Sin moverse ésta, vuelve la cabeza y exclama:

MICAELA ¡Ah! Retrocede espantada. ¿Vos aquí?

FELIX Sí, vengo á hablarte.

MICAELA ¿A mí? ¿Y de qué?

FELIX ¿No lo sospechas?

MICAELA No, ni quiero saberlo.

FELIX Ruego me oigas.

MICAELA No puedo, estoy sola y no me pertenezco; si sois caballero no me comprometais.

FELIX Es imposible complacerte, si el que me vaya te place. No me queda más dicha que tú y si por tí muriera, dichosa fuera mi muerte.

MICAELA Tened piedad, y os lo pido en nombre de aquella madre, que en el Cielo llora mi desgracia como yo en la tierra.

FELIX El amor puede más que la piedad y ese que siento por tí, me hace cruel, infame y hasta asesino fuera si lo quisieras!

MICAELA Nunca: sólo quiero que me abandoneis por siempre. Si me casé un día, día que he llorado con lágrimas de sangre, fué

para seguir vuestro consejo y para borrar de mi alma... lo que no se borra jamás!

FELIX ¿Mi consejo?

MICAELA Sí, el que me disteis con vuestra carta.

FELIX Yo no te escribí jamás, y esa mentira, no borra la responsabilidad de tu capricho.

MICAELA ¿Capricho?..

FELIX Sí.

MICAELA ¿De quien sería, pues aquella carta concebida en estos términos? Me caso con la hija de D. Ramón, cásate, segura que nuestro pasado será un secreto que sólo Dios conocerá. ¿Quien sino vos podía tener interés en que me casara?

FELIX Yo no, D. Ramón!

MICAELA ¡Miserable! ¿De modo que soy su víctima?

FELIX Y yo también!

MICAELA Si puedo... me vengaré cruelmente!

FELIX Todo tiene remedio.

MICAELA No, lo hecho, hecho queda, y aquel tiempo pasó para siempre.

FELIX No Micaela: tu me perteneces, tu eres madre de mi hijo y este es el deber más sagrado.

MICAELA Otro deber lo destruye.

FELIX En apariencia; pero no en realidad.

MICAELA Y bien ¿qué quereis? Sed breve que va á venir mi esposo y no quiero que aquí os halle.

FELIX Soy precavido y acaudalado, y he formado una muralla de oro... que tu esposo no podrá escalarla.

MICAELA Os equivocais: mi esposo escalará todos los muros que le impidan entrar en su casa, pasará por encima de vuestro oro y de mil charcos de sangre para venir á defenderme y vos, todo lo contrario: quereis perderme una segunda vez y sellar mi frente con un nuevo crimen, faltando al deber de esposa!

FELIX — No, Micaela.

MICAELA — Basta: el hombre en su casa es cual rey en su trono y no estando él aquí, no puedo permitir vuestra permanencia.

FELIX — Podrá ser ésta su casa; pero no tú su mujer. A él, te une un simple lazo que la ley puede romper cualquier día y lo que te une á mí no lo rompe tu esposo, ni la ley, ni el mundo entero!

MICAELA — ¡Mentira! A mi esposo me une el lazo del amor, que el Cielo sancionó cuando nuestra unión ¿y á vos?..

Felix cógela por un brazo y dícela con algún arrebato:

FELIX — ¡Tu hijo!

Queda aterrada, quiere retroceder y Felix la detiene, pásase la mano por la frente como si quisiera arrancar ese recuerdo de su memoria y él dícela:

¿Qué contestas?

MICAELA — Nada, callad por Dios.

Dicho de modo algo lloroso.

FELIX — ¿Le renuncias?

MICAELA — No, no, daría mi vida por él!

FELIX — ¿Le amas?

MICAELA — Con toda el alma.

FELIX — ¿Quisieras darle un beso?

MICAELA — Sí, y no sé cuanto daría para sentir el calor de su labio!

FELIX — Vámonos; Acariciándola. tal vez ahora te llama!

MICAELA — Y yo no puedo responderle!

FELIX — Cuando un hijo llama á la madre, ella debe contestarle aún que esté en la tumba. Vamos y no temas; yo arrostraré todos los peligros para dar una madre á mi hijo y á tí te daré un esclavo.

MICAELA — ¡Oh suplicio!

FELIX — ¿Quién te priva?

MICAELA — Mi deber y mi esposo.

FELIX — ¿Y tu hijo?

MICAELA Para mi hijo tengo el alma y para el esposo la mujer.

FELIX Eso es tan hermoso como falso, porque no hay madre sin cuerpo ni mujer sin alma. El alma no va á donde la envían, sigue al cuerpo, y ella eres tú, adorada Micaela! Deja la pobre mansión en donde nada te espera; sigue los impulsos del corazón, que son el camino de la gloria; piensa que ni lágrimas ni tiempos borrarán de tu memoria el sér querido que nos liga; sólo la muerte puede destruir ese arcano misterioso! ¿Quién sinó un hijo arranca del pecho de la madre los dorados rayos de atracción que brotan del alma? ¿Y tú, para ser olvidada, quisieras olvidar á esa inocente criatura que sus ojos son dos soles, su boca un cielo y sus palabras el bálsamo Divino que sanará nuestros corazones? ¡Oh no! Tu no puedes olvidar al hijo á quien diste el primer aliento, las primeras caricias, los primeros besos, la primera mirada maternal, la vida y en una palabra, á quien diste cuanto es! Felix cójela una mano, dobla una rodilla y dícela: No llores, amada Micaela, no me niegues el placer de tu mirada, Micaela llora y cúbrese el rostro con un pañuelo cuando postrado á tus plantas, te contemplo con el mismo gozo que se contempla á Dios en el altar! Deja que estas lágrimas que viértes, resbalen sobre mi pecho, cual fulminantes que van á estallar en mi corazón, sí: para arrancarme la vida; pero jamás la esperanza! Perdona al altivo que á tus plantas te ofrece nombre, palacio y fortuna, para que vivas con tu hijo y al verte felíz, también lo seré, al amparo de la reina de mi amor! Sin tí me falta la ilusión, la esperanza y hasta no sé si la vida,

porque tu aliento me alienta, tu calor me da calor, tu mirada es mi luz, tu dicha mi felicidad y hasta tu vida es mi vida! **Felix se levanta y la abraza con la mayor ternura.** Hoy la suerte nos brinda y el Cielo da fuerza á la madre que va en busca de su hijo. ¿Le recuerdas?

MICAELA Sí, no le olvido.

FELIX. ¿Y no te parece oirle?

MICAELA Sí; pero en el fondo de mi alma!

FELIX. También yo; debe llamarnos; vamos á responderle!

MICAELA Hijo mío: vengo para sentir el calor de tu dulce beso! **Da una mirada desesperada y dice:** ¡Vamos! **Va hacia el fondo y de pronto se detiene como quien hace un descuido.**

FELIX ¡Mía es al fin! **Va hacia ella.** Vamos. ¿Qué esperas?

MICAELA No lo sé; dejo y no recuerdo qué... **Mira á todas partes.**

FELIX No perdamos tiempo.

MICAELA Es que me falta...

FELIX ¡Tu hijo!

MICAELA Sí.

FELIX Vamos por él.

MICAELA No, esperad; no sé que siento, oigo una voz ..

FELIX ¿La de tu hijo?

MICAELA No, la del Cielo!

FELIX Esa voz del Cielo te recuerda el hijo, vamos!

MICAELA No, no puedo.

FELIX Todo es dar el primer paso.

MICAELA Imposible, soy esposa.

FELIX ¡Y también madre!

MICAELA Madre lo soy ante Dios y esposa ante todo el mundo. ¡Cuan desgraciada soy!

FELIX Tú desgraciada y te ofrezco un mundo de felicidad!

MICAELA No puedo seguiros, dejadme sola y que el llanto consuma mi dolor!

FELIX Irme sin una esperanza? no.

MICAELA Imposible, antes...

FELIX ¿Qué? Habla.

MICAELA ¡Dios mío! No puedo.

FELIX ¡Pues sígueme! Cógela de modo algo violento, y ella dice con resolución:

MICAELA ¡No, nunca!

FELIX ¿Que no? Amenazándola.

MICAELA No; antes prefiero morir!

FELIX ¿Sí? Está bien: ay de tí el día en que yo pierda la esperanza; si llegara ese momento fatal, sería capaz de sacrificarle para que sintieras el rigor de mi venganza!!

Micaela anegada en llanto se le acerca y en actitud suplicante dice:

MICAELA ¡Perdón! El la desprecia.

FELIX ¡Vete cruel! Ya no te quiero, te odio y te desprecio!

Al ver que Felix se va, sálele al encuentro y tírase de rodillas.

MICAELA ¡No, piedad por él!

En el mismo momento se oye gran vocerío de gente que está en reyerta; los dos experimentan gran sensación y escuchan; al reconocer Micaela la voz de su esposo se levanta con presteza y va hacia el portal; pero Felix la detiene y dícela:

FELIX ¿A donde vas?

MICAELA A ver que ocurre!

Esta hace esfuerzos para desprenderse y él la detiene y dice:

FELIX No, no vayas.

MICAELA ¡Dejadme!

FELIX No, espera!

Se oye á Andrés que grita.

ANDRÉS ¡Soltadme, voy á mi casa!

PABLO No pasarás.

ANDRÉS ¡Carne vendida!

MICAELA ¡Es mi esposo!

FELIX ¡Sí, quiere derrumbar mi muralla de oro!

Aumenta el escándalo y al no conseguir desprenderse de Felix, grita con desespero.

MICAELA ¡¡Gran Dios, ábrele paso!!

PABLO ¡Socorro, socorro!

MICAELA ¡Se matan!

FELIX ¡Por tu culpa!

Felix saca una pistola, ella le detiene y dícele:

MICAELA ¿Qué intentais?

FELIX ¡Suéltame!

MICAELA No, salid por la ventana del cuarto.

Felix qniere ir hacia el portal, ella le detiene y mientras así estaban luchando cáele el abrigo sin apercibirse y él dice:

FELIX ¿Huir?.. ¡Nunca!

MICAELA ¡En nombre de nuestro hijo!

PABLO ¡Suéltame!

ANDRÉS La razón tiene más fuerza que tú!

MICAELA No perdais tiempo, tal vez se matan, yo acudiré!

ANDRÈS ¡Micaela! Grito prolongado.

MICAELA ¡Andrés! Partid.

FELIX No, que venga, aquí le espero.

Crúzase de brazos, y Micaela que no sabe que hacer ni adonde ir exclama:

MICAELA ¡Por mi amor y por mi hijo os lo ruego!

FELIX ¿Me seguirás?

MICAELA ¡Sí, partid!

FELIX Júralo.

MICAELA Por mi hijo y por mi madre! Vanse hacia el cuarto

DAMIÁN ¡Ay, Pablo!

FELIX Si te negaras ó cometieras una indiscreción vengativa, ella será la sentencia de tu hijo y la mía!

MICAELA ¡No, partid! Vase.

DAMIÁN Pablo.

PABLO ¡Suéltale!

ANDRÉS ¡Carne vendida!

MICAELA ¡Cielos!

PABLO ¡Socorro!

ANDRÉS ¡Paso!

MICAELA ¡El! ¡Piedad Señor!

ESCENA XIV

Andrés y Micaela

Oyese el murmullo de la gente que acude mientras Micaela, en mitad de la sala está esperando á su esposo. Andrés aparece con la blusa hecha girones y la manga derecha completamente estropeada; en la ropa se le verán algunas manchas de sangre y sobre todo en el lado derecho; el cabello y demás en completo desorden. Entra, crispa los puños y da una mirada feroz á Micaela, mientras ésta, cruzada de brazos, y cual víctima resignada dice, balbuceando:

Micaela — Andrés.

Este, como fiera que se dispone á acometer, se corre hacia la izquierda y dícela:

Andrés — ¡Tú! Amenazándola. Tú aquí manchando mi honor, mientras yo mataba ó moría para defenderte! ¡Eres una infame!!

Micaela — Soy inocente.

Andrés — Te llamé y no respondiste; me impidieron el paso y no viniste ¿qué hacías, con quien estabas, quien hay en mi casa?

Micaela — Nadie. Ve el abrigo

Andrés — ¡Desgraciada!

Coje el abrigo y lo pisotea á la vez que dícela:

¿Y esa prenda?

Micaela — Soy inocente.

Andrés — Es del amante, de Felix, de ese miserable que puso sus criados en la puerta de mi casa para que no os matara! ¿En donde está ese traidor?

Micaela — Partió; soy inocente, perdón!

Se arrodilla y él se le acerca.

Andrés — Adúltera, infame: ultrajaste mi honor; no hay perdón para tí!!

Micaela — Soy inocente.

Andrés — El crímen te condena!

Cógela por el cuello y al mismo tiempo aparece Pablo y grita:

Pablo — ¡Socorro!

Andrés figura estrangularla.

Andrés — ¡Es inútil! Muere, que así él también morirá!!

PABLO ¡Asesino! Andrés tírala al suelo y Pablo sigue gritando:
¡Asesino, suéltala!
Micaela queda tendida é inmóvil, Andrés dá unos pasos hacia Pablo, y éste grita: Socorro, venid á Micaela. Andrés vase corriendo por el dormitorio. Micaela hace esfuerzos para levantarse y dice.

MICAELA ¡Cuan pesada es la culpa!
Micaela vá hacia el portal del dormitorio, Pablo avanza y dice:

PABLO Señorito Don Felix.
Aparecen dos policías y tras estos gente del pueblo.

ESCENA XV

DOS POLICÍAS, PABLO, MICAELA y gente.

Los policías entran revolver en mano y pregunta uno de ellos:

POLICÍA ¿En donde está?
Micaela se levanta, cierra la puerta y queda ante el portal.

PABLO Allí entró.

MICAELA No está.

PABLO ¿Y D Felix?

MICAELA Tampoco. (Quiero salvarle!)

POLICÍA A reconocer la casa.

MICAELA Aquí no pasa nadie
Un policía la separa del portal.

POLICÍA Lo veremos...
El otro policía penetra en el dormitorio.

MICAELA ¡Traición!

PABLO ¡Justicia de Dios!
La gente que acude queda cerca del portal del fondo, formando grupos y figurando hablar; el policía de dentro el dormitorio al ver que Andrés se va grita:

POLICÍA Alto. De afuera debe oirse.

MICAELA ¡Soltadme!

POLICÍA Alto. Al ver que Andrés no se detiene echa un tiro al aire, que causa gran sensación.

MICAELA ¡Ah! ¡Mi esposo!

PABLO ¿Será D. Felix?

POLICÍA No, mi compañero!

Suelta á Micaela y penetra en el dormitorio; Pablo síguele. Al oir la detonación los que habían acudido, vanse en tropel Micaela se siente desfallecer y se agarra á la puerta del cuarto y dice:

MICAELA ¡Muerto! ¡Dios mío! ¡Pobre Andrés! Por mi culpa. ¡Oh! ¡Perdón, perdón!

Se desprende de la puerta fáltale fuerza y cae, como si fuera á causa de un desmayo.

Fín del acto primero.

JORNADA SEGUNDA

EL DÍA DE SAN ANDRÉS

La escena se supone en el gabinete ó despacho de D. Felix, en cuya habitación habrá un portal en el fondo, otro en el lado izquierdo y sobre este una ventana por la cual penetrarán algunos rayos del sol; delante dicho portal habrá una antigua mesa escritorio, con varios libros y muchos papeles en desorden. En el lado derecho habrá un sofa y dos sillones, también antiguos. En el lado derecho del portal del fondo habrá el retrato de Micaela, cubierto con un crespón y en el lado izquierdo de este portal habrá un gran trofeo con varias armas. Las paredes figuran pintadas. A esta habitación se le podrán añadir todos los adornos y muebles convenientes para formar un conjunto bonito; pero sin perder su caracter antiguo. Esta segunda jornada tiene su principio á las cuatro y media de la tarde del día de San Andrés.

ESCENA PRIMERA

PABLO

Viene gorra en mano y antes de aparecer dice:

PABLO Señor? Espera un momento y aparece repitiendo. Señor? Mira á todas partes y dice: No está. Piensa. Le esperaré. Siéntase en un sillón y queda meditando. No, eso no es vivir; así no se puede estar. Mucho trabajo, mucho sufrir y mucho... de todo, sin provecho. Nuestra parte es la peor y sobre todo: la paga... Pausa. Al pensar que anoche podían haberme estirado el pellejo... me dan unas de... Se levanta Vamos, no aguanto más. De cierto tiempo acá, todo es marea y si la cosa... no pinta bien, cada reñina canta el credo y aguanta. Luego dice que no estaba de buen humor,

que no quiso ofendernos, y nos trata peor que si fuéramos esclavos. Va, va: no sufro más las impertinencias de ese loco, hoy acabamos; no quiero acompañarle .., ni habérmelas con otra fiera como la de anoche, que envió al pobre Damián á la tumba, y á mí por poco me da igual pasaporte. ¿Qué recompensa tendrá ese inocente, que dió su vida por un mal comer? La que á todos: sepultura gratis en tierra fresca... Pues que se las componga como quiera, Siéntase. y si tiene dinero que lo guarde, que en cuestión de faldillas... no quiero servir... y menos sin paga. Por eso, vengan los cuartos y me largo en seguida. Figura meditar.

ESCENA II

Antonia y Pablo

Viene por el fondo y en tono burlesco dice á Pablo:

Antonia — Ah, ah, ah; muy bien señorito ..

Pablo — A buena hora.

Antonia — Si su mercé quiere chocolate y unos bizcochos... dígalo.

Pablo — Antonia, déjame, no estoy de broma.

Antonia — Como te ví sentado tan magestuosamente, creí. .

Pablo — Cree lo que quieras; pero déjame con treinta pares de diablos!

Antonia — Ay Jesús, y que respingoso estás .. ¿Qué color tenía el moscón que te picó?

Pablo — El tuyo.

Antonia — Muchas gracias... Cuando hablas en serio, das unas ganas de reir, ja, ja, ja; no puedes figurarte ja, ja, ja... El se levanta.

Pablo — Eso... con tu abuelo.

Antonia — Es que cuando pones esa cara de torta seca... ja, ja, ja.

Pablo — ¡Anda! Le da la espalda.

Antonia — ¿Pero qué tienes?

Pablo — ¿No lo sabes?

Antonia — No sé á que te refieres.

PABLO Al escándalo de anoche.

ANTONIA De eso quería hablarte.

PABLO ¿Sabes algo?

ANTONIA Sé que cuando Andrés esté preso, Micaela será llevada aquí; sé que D. Ramón es el ladrón del niño, y que cuanto hace ese viejo gruñón es para vengarse de D. Felix si no se casa con su hija.

PABLO Con quien se casaría el señorito sería con ésta Indica el retrato y no con Doña Clarita.

ANTONIA Sí; pero...

PABLO Ese pero, lo desbarata todo. La cosa está enmarañada, y ya verás que cola tan fea...

ANTONIA Seguramente lo será. ¿Y qué declaraste?

PABLO Lo que quiso el señorito: Pasaba yo por allí, y á los gritos de socorro acudí y me dijeron que Andrés había dado una cuchillada á Damián. Ni más ni menos.

ANTONIA ¿Y el señorito estaba allí?

PABLO Como que también tuvo que declarar...

ANTONIA ¿Y él qué dijo?

PABLO Que no puso pié en tal casa, que se hace responsable de sus criados, y que como hombre de buenos sentimientos está dispuesto á protejer á Micaela si ella no lo rehusa.

ANTONIA ¿Qué contestó ella?

PABLO Que no podía aceptarlo, por no ofender á su esposo sin merecerlo. El es inocente, Dios lo sabe y le ayudará.— Dijo llorando lágrima viva. Estaba dispuesto á defenderla; pero la cosa cambió y tuve un desengaño más.

ANTONIA ¿Qué cambió?

PABLO Sí. Cuando tan sin consuelo lloraba, el señorito hízola una seña, que yo no comprendí, y al volverla preguntar... ¿Sabes qué contestó?

ANTONIA Quien sabe.

PABLO Pues de lo dicho no quedó nada; aquella seña bastó para que Micaela afirmara la de-

claración de D. Felix. ¿Te gusta?.. Pues fíate de las mujeres y de la justicia... si quieres dormir tranquilo, como Andrés. La justicia sigue al rico, si éste va mal la justicia va peor... Y sino ya verás como D. Felix siendo el culpable quedará libre, y Andrés que es inocente... á presidio; pero yo aún tengo vergüenza y no quiero ayudar á perder á un hombre honrado que tiene más razón que todos. Andrés iba á su casa y no le dejamos entrar, porque el señorito estaba con Micaela y eso... no está bien. Si hubiera sido yo!..

ANTONIA Es verdad; pero ya no hay remedio.

PABLO ¿Qué no?

ANTONIA No, y además, D. Felix es tan buena persona que no merece...

PABLO Si te hubieras visto como yo no lo dirías, y sobre todo: eso de querer buenos servicios y no pagarlos... es muy cómodo. Y somos tan bestias, que á más de favorecer sus infamias cargamos con las culpas.

ANTONIA ¡Calla! Escucha.

PABLO ¿Qué?

ANTONIA Llaman.

PABLO ¿Quién demonios será?

ANTONIA Voy á verlo. Vase por el fondo. Pablo se cruza de brazos y dice:

PABLO Si no es el Juez será alguien que trae la noticia de que Damián ha muerto. Ahora, con un R. I. P. amén, ya no hay responsabilidad ni ante la ley ni ante los hombres. ¡Que mundo tan perverso! Quisiera no haberle conocido, porque vivir sin dinero cuesta más que no vale la vida! Se sienta.

ESCENA III

RAMÓN Y PABLO

Aparece por el fondo y cáusale sorpresa ver á Pablo sentado.

RAMÓN Pablo.

PABLO Señor. Levántase con presteza y saluda haciendo gran reverencia.

RAMÓN ¿Qué hacías ahí?

PABLO Esperaba á D. Felix.

RAMÓN ¿Está en casa?

PABLO Creo que si señor.

RAMÓN ¿Y el enfermo como sigue?

PABLO Empeorando.

RAMÓN ¿Viste el médico?

PABLO Si señor, esta mañana.

RAMÓN ¿Y qué dijo, no morirá eh?

PABLO Al contrario: que su peligro es inminente.

RAMÓN ¿Inminente?

PABLO Eso dijo.

RAMÓN Sería una lástima, pobre Damián, y más siendo un padre de familia.

PABLO Y tan inocente...

RAMÓN Hijo, los pobres, para ganarse la vida, se ponen al servicio de quien les paga, y si algo acontece... ¿qué culpa tenemos?

PABLO Toda: porque Vds siembran mal y con el dinero recojen bien, y no es justo que por cuatro ó cinco malditos duros, que no bastan para dar sopas á nuestros hijos, hayamos de exponer la vida para defender á quien ni paga ni agradece.

D. Ramón se tapa los oídos y se aleja diciéndole con espanto:

RAMÓN Calla por Dios, no quiero oirte; me causas más pena que rabia.

PABLO Falta de costumbre, como que siempre estamos mudos... si un día abrimos el pico... naturalmente les causa pena. El callar ha sido nuestra perdición; si yo hubiera hablado cuando era necesario... de otro modo irían las cosas; pero descuide, variarán.

RAMÓN Tu misterioso hablar no me altera; pero si estuvieras á mi servicio, ó cantarías claro ó te pondría de patitas en la calle.

PABLO Bueno.

RAMÓN Por eso no quiero viejos ni casados; cásese quien lo pueda y quien no...

PABLO Que rebiente.

RAMÒN Poco me importa.

PABLO Mientras haya hijos que le sirvan, que le importa de donde vengan... Que talento, que nobleza, privarnos del matrimonio y de las caricias de un hijo.

Pablo le da la espalda y D. Ramón con gran enfado:

RAMÓN ¡Cállate, mal educado! ¿Has olvidado quien soy, para hablarme tan sin respeto? Vaya, vaya; sólo falta que me amenaces...

PABLO Y V. que me pegue.

RAMÓN Oye tú, aquí te callas; yo no tolero, bestialidades!

PABLO Y yo tampoco...

RAMÓN ¿Quien eres tú para tolerar?.. Un hombre sin oficio y que por cuatro sueldos y una comida hace todas las bajezas Quisiera saber qué gana el mundo casando á esas rebanadas de pan mojado...

PABLO Y si no nos casaran, si no tuviéramos hijos ¿quienes cuidarían á los vuestros, quien les limpiaría las botas, quien sembraría los campos, y quien os trae el pan calentito, sinó los que no podemos comerlo.

RAMÓN ¡Insolente! ¿No sabes que si buen pan comemos mejor dinero nos cuesta?.. No mereceis ni odiar, porque el bien que os hacen lo pagais con ingratitud. Y esa falta de respeto .. es el fruto de la libertad que todo lo invade y corrompe.

PABLO ¡Oh hermosa libertad, bendita seas!

RAMÒN Acabemos: yo no vine para discutir y menos contigo!

PABLO Bueno.

Danse la espalda y Ramón como quien habla consigo dice:

RAMÒN (Humillarme á un criado, es horrible! Piensa. Pero no hay más remedio, las circunstancias lo exigen y... vá.) Pablo.

PABLO Señor.

RAMÓN Oye: lo dicho, dicho sea; y te perdono si no vuelves á faltarme con tus impertinentes sandeces.

PABLO Está bien.

RAMÓN Vamos á otra cosa ¿Quieres ganarte unos cuantos duros muy honradamente?

PABLO Ya lo creo que sí.

RAMÓN Escucha pues: ¿Tú sabes qué piensa hacer D. Felix respecto á lo de anoche?

PABLO Ni lo sé, ni quiero saberlo, ni quiero estar más en esta casa.

RAMÓN ¡Cómo! ¿Te vas?

PABLO Sí señor.

RAMÓN ¿De modo que no quieres ganarte un piquillo de duros?..

PABLO Eso... es otra cosa.

RAMÓN Ya sabía yo... Oye pues: Para evitar que se repitan los escándalos, me eres indispensable; y si con tu ayuda lo consigo, mira si bien ganarás lo que te daré

PABLO Puede contar conmigo y no por la paga sino... porque soy hombre de bien.

RAMÓN Se ve... Pues vas á ponerme al corriente de cuanto haga y piense hacer D. Felix. Así podré salvar á ese desgraciado que va por el camino del infierno; le quiero como si fuera hijo mío y... Ved si está en casa, y si no ha salido, díle que le aguardo.

PABLO Está bien señor.

Saluda con gran reverencia y vase por el portal del fondo, y D. Ramón síguele con la mirada.

ESCENA IV

RAMÓN

Don Ramón se cruza de brazos y en tono despreciativo dice:

RAMÓN Vete, bendito de Dios. Pausa. Con qué descaro se atrevió á discutir de libertad y otras cosas... que ni las entiende ni maldita la falta que le hacen. Ese botarate cree que la libertad es sin límites y que el derecho, es

poderse posesionar de lo que se quiera y hacer de ello lo que dé la gana. Y no comprende que la libertad es una mentira y el derecho una utópia. Quien nació para obedecer no tiene más libertad ni más derecho que el que le otorga quien nació para mandarle. Nosotros . si que hacemos lo que nos da la gana, y vosotros... también haceis lo que os da la gana y lo demás son genialidades de algunos filósofos que pretenden demostrar lo que ellos no conocen. Si los grandes hombres nada consiguen ¿qué vais á pretender vosotros, mortales indefensos?.. Así fueron destruidas las buenas costumbres y las sanas ideas que elevaron á tantos venerables al gran reino de los Cielos. La libertad todo lo invade y corrompe, y sin esa desmoralización que nos reporta el progreso, Felix ya sería el esposo de mi hija. Eso si que me preocupa más que todo. Se sienta. ¡Pobre hija! Cuantos sacrificios me cuesta el darte un marido á gusto... y que convenga. Esta vez le afrontaré la cuestión, de modo que no pueda rehusar y si tal hiciera: pobre de él una vez envuelto en las redes en que le enredé... Ya viene, disimulemos. Finge distracción.

ESCENA V

Felix y Ramòn

Felix aparece por el fondo, algo severo aún que respetuoso; le contempla un momento y dícele, con frialdad:

Felix — D. Ramón:

D. Ramón finge sorpresa, se levanta y brazos abiertos va hacia él diciéndole:

Ramòn — ¡Carísimo yerno! ¿Cómo estás? Abrazándole.

Felix — Bien, gracias.

Ramòn — Cuan orgulloso me siento al estrecharte con mis brazos.

Felix — Agradezco tanto favor. Si os place... Indica que se siente en el sofá y Félix se sienta en un sillón.

RAMÓN Siempre tan generoso.

FELIX Siempre igual, y diga: ¿A qué debo la honra de vuestra visita?

RAMÓN A un deber de amistad. El hombre, cuando en los mayores apuros, conoce á los buenos amigos.

FELIX Así es; pero yo no tengo apuros que me permitan molestaros; sólo puedo agradeceros la consideración que os he merecido, al honrarme con vuestra visita.

RAMÓN Gracias; pero ya comprenderás... (No sé como decirlo.)

FELIX Pues... no comprendo.

RAMÓN (Allá va .) ¿Has olvidado lo de anoche?..

FELIX No, por cierto.

Felix contesta enfadado, y Ramón, pónele la mano sobre las espaldas y ariciándole dice:

RAMÓN ¡Ah cabecita vana! Por ser demasiado bueno te dejaste llevar por los malos y tanta es tu desgracia que hasta Dios ya te abandona.

FELIX ¡Pero, señor!..

RAMÓN Calla y escucha mis consejos, si quieres alcanzar la gracia que perdiste.

FELIX (Cada consejo tiene su responsable.) Hablad.

RAMÓN Para conseguirlo debes abandonar á esa maldita plebeya que es tu perdición; abandónala y no te arrepentirás.

FELIX Bueno.

RAMÓN Siendo casada ¿qué esperas de ella?

FELIX Mi dicha.

RAMÓN No seas niño, y deja ese camino que es el del infierno, el de la condenación y de la deshonra. Si tu padre volviera á la vida y te hallara embriagado de ese perfume de la putridéz, lanzado en la deshonestidad y ébrio de lujuria, moriría de sentimiento. ¡Pobre amigo mío! Si mucho sentí su muerte, más sentiría su retorno á la vida, por verle morir otra vez!

D. Ramón finge una lágrima y Félix con marcada tristeza dice:

FELIX — No hableis más, porque el recuerdo de mi padre, me desgarra el corazón!

Ramón se levanta y exclama:

RAMÓN — ¡Gracias Dios mío, le volvisteis la razón!

Felix se levanta con presteza.

FELIX — ¿Qué decís? ¿Soy acaso algun loco?

RAMÓN — No hijo mio: di gracias al Todopoderoso porque te ilumina. Pensé cerrarte las puertas de mi casa; pero no, abiertas están para tí, hasta las puertas de mi corazón! Ya sé que eres bueno, que tus sentimientos de nobleza no están agotados y por eso, en premio de tu merecimiento, te entregaré mi única hija, para que de una vez, pongas fin á esa odiosa vida de aventurero.

FELIX — ¿Pretendeis casarme?

RAMÓN — Es el único medio para salvarte.

FELIX — Puede que sí; pero yo no me caso.

RAMÓN — ¿Qué dices?

FELIX — Que no me caso.

RAMÓN — ¿Olvidas la amistad de tu familia con la mia? Olvidas que estuve á la cabecera del lecho mortuorio de tu padre, hasta que exhaló el último suspiro?

FELIX. — No lo olvido y os lo agradezco.

RAMÓN — Tampoco habrás borrado de tu memoria aquellas palabras que fueron la manifestación de su última voluntad. ¿Olvidas que te soy un cariñoso padre, y que sólo yo habría podido arrancarte esa chicuela indigna de tí, dándote mi hija para que haga tu felicidad?

FELIX. — D. Ramón: cada vez que hablábamos de ello, tomaba la cosa tan á broma, que al finir la conversación todo saltaba de la memoria.

RAMÓN — Estas cosas no deben tomarse á broma, y fiando de tus palabras, aún esperamos que fijes el día en que debe celebrarse la boda.

FELIX — Ese día... que lo fije otro, que yo no me caso.

Felix se pasea y Ramón va tras de él, haciéndole advertencias.

RAMÒN ¿Y no comprendes desgraciado?..

FELIX Sí; pero no me caso.

RAMÓN ¿Faltarás á tu palabra?

FELIX Nunca.

RAMÓN Pues cásate.

FELIX Eso no...

RAMÓN ¿Y no ves, gran condenado, que mi hija morirá de pena al sentir la dureza de una humillación tan cruel?

FELIX Me conduelo de ello; pero no me caso.

RAMÓN Tu crueldad nos matará

FELIX He dicho que no me caso.

RAMÓN ¿Qué será de mi hija si la engañas tan vilmente?

FELIX ¿Y qué será de Micaela?

RAMÓN Una mujer que desconoce su origen, sin el menor grado de cultura, que se entregó á tí con el mayor libertinaje y que mancha tu buen nombre como envilece el de Andrés. Ese trozo de carne inmunda ¿qué consideración puede merecer?

FELIX Si cuando soltera hizo lo que le dió la gana, cuando casada ha sido el modelo de las esposas. Ella es la inocente y vos la causa de todo el mal.

RAMÓN Para tu bien.

FELIX Para el de vuestra hija, á la que odio y desprecio!

RAMÓN ¡Cristo Dios! Con qué cinismo te atreves á insultar á un anciano que debería merecerte veneración! ¿Y tú eres aquel que llorando me decía: V. será mi padre? ¡Oh no! Tú eres un malvado!!

FELIX ¡D. Ramón!

RAMÒN El que atropella la virtud, escarnece el honor y niega la palabra dada á una mujer, es un mal caballero que no tarda en sentir el rigor de la justicia Divina!

FELIX No sé como he tenido bastante paciencia para oiros. Vos que me amenazais con la justi-

cia Divina ¿qué responderéis al pediros cuenta de vuestras peregrinas acciones?..

RAMÒN ¡Miserable! Amenazándole.

FELIX Atrabiliario estáis...

RAMÒN Ofendiste á un anciano; pero mi honor lo defenderé en donde quieras!

FELIX ¿Me desafiais?..

RAMÒN Sí, para saber si eres hombre!

FELIX Acepto. Yo no tolero ese ludibrio, y no sólo puedo privaros de vuestra chanza sino hasta del aire que os alienta!

RAMÒN Me arrojas como si fuera un perro; te acordarás!..

FELIX También vos.

RAMÒN La maldición del Cielo caerá sobre tí, bellaco!
Vase precipitado, Felix da unos pasos tras él y se detiene.

FELIX ¡Vete abejaruco! Eres tan malo, que hasta tu sombra es peor que la abarcia! Así me agrada: cara á cara y á cuerpo descubierto, luchando de poder á poder como deben los leales! Voy á prevenirme y así, poco habré de temerte.
Da un golpe al timbre y aparece Pablo, por el portal de la izquierda

PABLO Señor. Saluda con una inclinación.

FELIX Dí á Florentino que le aguardo.

PABLO Está bien. Saluda y vase.

FELIX Y acabaremos esa angustiosa situación! Se sienta y busca entre los papeles. Las instrucciones que le dí y éstas, son bastantes, suceda lo que suceda.
Se pone á escribir.

ESCENA VI

FLORENTINO Y FELIX

Florentino viene por la izquierda.

FLORENTINO Señor ¿me llamais?

FELIX Sí, esperad.
Felix acaba de escribir y coloca varios pepeles dentro un sobre grande y dice sin moverse:
¿Teneis nuevas noticias?

FLORENTINO De vuestro hijo no.
FELIX ¿Y de Micaela?
FORENTINO Sé que está desconsolada porque ignora el paradero de su esposo.
FELIX ¿No ha sido habido?
FLORENTINO Y probablemente no lo será porque esta noche partirá hacia Argel con la barca de un pescador; todo es obra de D. Ramón.
FELIX Cuánto más lejos más libre del presidio y yo más libre de él... ¿Visteis á Gabriela?
FLORENTINO No señor.
FELIX Pues al saber que Andrés está embarcado ó preso, manos á la obra.. y sin temor seguid como sabeis.
FLORENTINO Está bien.
FELIX Tomad; Le da el sobre: ahí teneis instrucciones bastantes para en todos casos proceder como es mi voluntad. Y si algún percance fatal me privara de continuar el triste camino de la vida, sed un padre para mi hijo y un amigo para Micaela.
FLORENTINO Os lo juro.
FELIX Gracias. Si á la hora señalada no estoy aquí, haced lo que indican estos papeles.
FLORENTINO Está bien. ¿Tiene algo más que mandarme?
FELIX Nada.
FLORENTINO Que Dios nos ayude.
FELIX El nos guarde.

ESCENA VII

FELIX

Queda apoyado á la mesa, cabizbajo y pensativo, y después dice, como murmurando:

FELIX Mi última voluntad, mi último y decisivo golpe... y tal vez mi último día! La pena embarga mi alma y no sé que siento que me amedrenta y aniquila. Pausa. ¡Cuanto diera para ser pobre y feliz! ¡Las llamas de ese fuego abrasador que arde en mi pecho, de

ese volcán que por mi boca arroja la espumorosa y candente lava, no arderían tan vorazmente y mi corazón nadaría en el ancho mar del amor gozando la santa paz! ¡Oh fatalidad! ¿Por qué me obligas á la lucha encarnizada á que ha venido á brindarme ese viejo maldito, sin pensar que el desesperado es como el león, que muere antes que verse vencido? Y así, para aumentar las infamias tuyas, cometes la aboleza de retarme cuando no debería aceptar; pero acepto, sí, luchemos y veremos quien podrá más! Nuestra causa corre amenazadora y en vertiginosa carrera, cual las bramidoras del mar, que cuando en tempestad deshecha, impotentes, van á estallar su furor contra los abruptos picachos de la costa!! Tu injusta causa la defiende un traidor y la mía, el alma de un desgraciado y el alma siempre puede más que el hombre!

Mira hacia el fondo y dice:

Siempre en mi mente cual ángel en mi camino.

Va hacia el retrato de Micaela, levanta el crespón con una mano y contemplándola dice:

Hermosa estás, ilusión mía, y al levantar ese velo parece que el Cielo abre sus puertas para que aparezca la gloria, sí; pero una gloria muda y triste como tú! ¿Y aún callas? Suelta el crespón. Todos me abandonan; Va hacia el centro. no hay salvación!

Al estar en mitad de la escena da en su cara un rayo del sol, cáusale sorpresa y mírale amenazándole, como si quisiera desafiarle, y poco á poco pónese en actitud suplicante y exclama con fervor:

¡Oh Sol! Tú que alumbras la estancia mía, tú que me ves desesperado y sin más anhelo que dar mi vida por otra, como fin de mi venganza ó como fin de mi razón: no me abandones y sé la luz del triste que te invoca! Esos purpúreos rayos que me envías,

para que disipen las tinieblas que oscurecen mi mente, cuán bellos son! Y esa anciana mirada tuya que es la luz del mundo y de tantas cabezas ofuscadas, sea también la mía! El sol desaparece por momentos y' al apercibirse Felix exclama: ¡Oh sol! No te vayas, párate y escucha mi ruego: Dobla una rodilla. Si del sólio altar en que te sientas, oyeres los gemidos de un alma que te invocare, esta será la mía, la de un desgraciado que en el supremo momento querrá entregarse á tí! Desaparece el sol, Felix se levanta con presteza y grita: ¡Luz! Avanza hasta llegar á la mesa. ¡Padre del mundo! Por qué recoges los rizos de tu fogateada cabellera? ¿Por qué no me miras y me abandonas entre las tinieblas de la noche? ¡Oh sol! ¡¡Yo te maldigo!! Desafiándole, pero en el mismo momento en que acaba de pronunciar la maldición retrocede y se dobla, como si temiera al castigo por su blasfemia y mientras retrocede grita: ¡No! Perdón, perdón y ayúdame! ¡Oh sol, dame tu luz!

Queda en actitud suplicante; seguidamente baja un telón de boca que figura la calle de San Miguel y en el fondo figura el portal de la iglesia.

ESCENA VIII

GABRIELA, PABLO Y RAMÓN

Pablo y Gabriela vienen por la derecha figurando hablar.

PABLO Los ricos son así: cuando nos necesitan hay caricias y dinero y cuando no... palo.

GABRIELA Por eso... aprovecharse, que la ocasión.,.

PABLO Viene una vez. D. Felix es rico, generoso... y no tan malo como D. Ramón.

GABRIELA Ese viejo es un falso: promete mucho y paga poco.

PABLO Por eso seré leal á D. Felix, porque paga bien.

GABRIELA Hoy lloverá dinero, ya lo verás...

PABLO Pues al avío.

Van hacia la izquierda y dados unos pasos ella detiene á Pablo, hace unas carcajadas y dice:

GABRIELA ¡Jesús Dios mío de mi alma! Riéndose.
PABLO ¿Qué?
GABRIELA ¿No le ves?
PABLO ¿A quién?
GABRIELA A D. Ramón.
PABLO ¡Ah, sí! Mírale que gracioso: ole tu mare; con esa cabeza que parece una castaña pilonga .. Déjale por mi cuenta y verás que peinado le dejo...

Figuran seguir hablando y que no se han apercibido de él; éste viene por la izquierda y al verles dice muy contento:

RAMÓN Ola, ola ¿á donde va tanto bueno?
PABLO A la venta del diablo!
RAMÓN ¡Jesús María, que atrocidad! Ese no es modo de contestar.
GABRIELA Bueno... Burlándose.
RAMÓN Eso... creo que para mí...
PABLO Sobra.
RAMÓN ¿Qué dices?
PABLO Que no le importa á donde vamos.
RAMÓN ¿No?
PABLO No señor.
RAMÓN ¿De modo que ya no es bneno mi dinero eh
PABLO Para hacer traidores, sí

Don Ramón levanta el bastón.

RAMÓN ¡Ah bellaco!

Pablo se dispone á la pelea.

PABLO ¡A ver, atrévase!

Gabriela se coloca entre ambos.

GABRIELA Pobre niño: déjale que va á llorar...
RAMÓN ¡Ah gran maldita!

La amenaza y ella ríe.

GABRIELA Si calla le doy un bombón.
RAMÓN Muy cara te costará esta cháchara!
PABLO Lo veremos.
GABRIELA Vamos á comprar castañas, si viene le convidamos...
RAMÓN Traidores ¿así pagais el bien que os hacen?

Pablo se pone en actitud amaenazdora, Gabriela cógele por un brazo y dice:

GABRIELA Deja á ese pobre memo...

RAMÓN ¡Qué!

PABLO Su mamá le llama...

Los dos vanse riendo por la izquierda. Ramón con el bastón alto queda mirándoles y ella dice:

GABRIELA Recójase un poco las faldas...

RAMÓN ¡Indigna! Ella ríe á carcajadas.

GABRIELA Pelucón...

RAMÓN ¡Sinvergüenza! Desaparecen haciendo carcajadas, él les sigue amenazador y dados unos pasos se detiene y dice: Pobres... y malos! Fíate de esa gentuza que por el dinero te acaricia! ¡Gran falsos, me la pagareis!

Vase precipitado por la izquierda. Seguidamente desaparece el telón de boca y aparece la casa de Andrés.

ESCENA IX

ANDRÉS Y JUAN

Es de noche, la habitación estará completamente oscura. Dichos vienen por el fondo, muéstranse desconfiados, van á tientas y dados unos pasos Andres dice á media voz:

ANDRÉS Micaela. Pausa. Micaela.

JUAN No está.

ANDRÉS En mi memoria, siempre.

JUAN Debe buscarte.

ANDRÉS Tal vez.

JUAN Esperémosla y entre tanto hablemos de...

ANDRÈS Nada.

JUAN Hombre, no seas así: ten valor... y resignación.

ANDRÉS ¿Qué otro remedio hay? Pausa. Todo velado por las tinieblas de la noche. Cuan triste y sola estás casita mía, hasta tu silencio parece el de mi tumba!

JUAN ¿Te propones apenarme más?

ANDRÉS No, Juan.

JUAN ¿Pues á qué viene todo eso?

ANDRÉS No sé que decirte porque no sé que me pasa. Todo me parece un sueño, ilusión, mentira; pero al recordar que en toda la noche no pude pegar los ojos y que hoy, día de mi santo, corrí de campo en campo

y de casa en casa hasta venir aquí: veo no es sueño, todo es realidad!

JUAN Ten cuidado y cállate porque no estamos seguros.

ANDRÉS Sin ella, qué me importa el mundo ni la vida! Yo que venga á regar con lágrimas de dolor la flor de mi ilusión, con la que hubiera compartido la dicha que San Andrés nos arrebató, me encuentro en mi casa como si estuviera en un desierto.

JUAN Cuando el santo dá la espalda hasta los perros te muerden .. Va hacia el fondo y mira.

ANDRÉS ¡Oh tiempo de mi ilusión!

Viene Juan y con la luz del cigarro consulta el reloj y dice:

JUAN Mira: si quieres salir bien de ese atolladero en que estás metido, olvídalo todo; lo que importa es partir y en donde te halles cuando amanezca, allí será tu casa; si en el mar en el mar, si en la cárcel en la cárcel y si en la tumba... la tumba será tu casa.

ANDRÉS ¡Pero antes!..

JUAN Es inútil, la lucha es desigual; san dinero hace muchos milagros y ninguno para el pobre, y además: ella es inocente, no te guarda rencor ¿qué más quieres? Tranquilízate y considérala digna de tu cariño, porque la pobre no debe ser responsable de si un bribón la atropella.

ANDRÉ Es verdad.

JUAN Pues hombre: lo primero es librarte de la cadena.. Y si quieres esperarla dispones de quince minutos, porque á la media hora te aguardaré en el Molinar.

ANDRÉS No faltaré.

JUAN Y cuando estés en Argel la escribes y si no viniera... tendrías una prueba de su infidelidad.

ANDRÉS ¿Y entonces?

JUAN Como tanto se paga por uno como por mil, vienes, liquidas con él y con ella y en paz. Enterados ¿eh?

ANDRÉS Sí.

JUAN No te descuides... y si viene la policía te arrojas por la ventana. Con que así valor y suerte, y si hay necesidad .. mano segura. Adios. **Danse un apretón de manos.**

ANDRÉS Adios.

Juan vase por el fondo y Andrés síguele con la mirada.

ESCENA X

ANDRÉS

Desaparecido Juan, Ándrés dice muy apenado

ANDRÉS ¡Valor y suerte!.. El valor no me falta; pero la suerte sí! Tierra querida, tú que fuiste mi adorada cuna, no sé si te odio ó si te siento cariño! Para muchos eres un lecho de flores y para mí, sólo hay espinas y abrojos, y aún así siento abandonarte. ¿Qué sufrimiento mayor que abandonar la patria y la mujer amada? No, yo no puedo dejar sola y entre tantos enemigos, la más querida flor de mi alma! Quiero verla.

ESCENA XI

MICAELA Y ANDRÉS

Micaela aparece por el fondo y al oir hablar se detiene.

MICAELA ¿Quién hay?

ANDRÉS ¿Micaela?

MICAELA ¡Andrés!

ANDRÈS Yo soy; **Vánse al encuentro.** silencio por Dios! **Abrázanse.**

MICAELA En mis brazos otra vez.

ANDRÈS Dios lo quiso.

Andrés la estrecha y ella dice:

MICAELA Sí, estréchame contra tu corazón; quiero sentirle palpitar ya que el mío no palpita!

ANDRÉS Pobrecita: creí no verte más; solo sufría por tí. No llores ángel mío, porque tus lágrimas me matan. Sé que eres inocente y que yo fuí tan injusto como cruel; pero tu eres tan buena que me perdonas ¿no es verdad?

MICAELA Si no me ofendiste ¿cómo puedo perdonarte?

ANDRÉS Tu generosidad robaría el cariño al más duro corazón.

MICAELA Cuando me aprisionan tus brazos soy felíz y cuando no, presa el alma llora por tí. Ahora ya no me dejas ¿no es verdad? El se turba ¿No contestas? ¿Qué te pasa? ¿Quieres abandonarme?

ANDRÉS Es preciso.

MICAELA No, Andrés, no te vayas.

ANDRÉS No hay otro medio para librarme de la cadena!

MICAELA ¡Oh destino cruel!

ANDRÈS ¿Y Damián ha muerto?

MICAELA No.

ANDRÈS ¿Estás segura?

MICAELA Segurísima.

ANDRÈS ¿Y Pablo?

MICAELA Unos cuantos golpes.

ANDRÈS Pero de todos modos me condenarán y antes que la deshonra prefiero la muerte.

MICAELA ¿Partir tú?

ANDRÈS Sí, y no me detengas porque no sé si huyo del presidio ó del cadalso.

Micaela procura hacerse superior á las lágrimas y dice con marcada gravedad:

MICAELA Es verdad: parte y ten valor, y yo rogaré por tí. En donde estés allí me tendrás; mi corazón va contigo! Parte.

ANDRÉS Júralo.

MICAELA Ante Dios juro, por lo más sagrado.

ANDRÉS Gracias. El último abrazo y adios. Abrázanse.

MICAELA Que el Señor te proteja.

ANDRÉS Y que á tí te guarde. Adios. El la besa en la frente y vase á tientas hacia el dormitorio; ella se siente desfallecer y dice:

MICAELA ¡Dios mío! ¿Qué me pasa?

El llega al portal y dice:

ANDRÈS Micaela.

MICAELA ¡Parte, valor!

ANDRÉS Que nos una el Cielo ó la tumba! Adios. Vase.

MICAELA Andrés, Dios mío, no sé que siento, muero! Cae y queda tendida.

ESCENA XII

GABRIELA

Gabriela observa desde el portal sin ser vista y al caer Micaela aparece, algo indecisa y mostrándose turbada.

GABRIELA ¡Partió sin ella! Pobre Andrés, yo te perdí. Pausa. El corazón, la conciencia, todo reclama tu salvación; quiero salvarte! Va hacia el dormitorio y grita: ¡Andrés! En el mismo momento se oye un fuerte silbido, se detiene como aterrada y exclama: ¡Ah! Ya es tarde. Piensa. ¡Tal vez no! Entra precipitada en el dormitorio y grita: ¡Andrés! Se oyen dos silbidos, señal convenida entre los policías y Gabriela; esta retrocede como falta de aliento, se agarra al umbral y dice apenada:
Ya está preso. ¡Oh Dios mío! ¿Por qué me privais de una acción tan noble? Me quereis mala, criminal; lo seré Dios mío, su desesperación acaba con aquella carcajada que parece el principio de la locura. lo seré, acaba en llanto. lo seré. Cúbrese el rostro con las manos y queda inmóvil llorando

ESCENA XIII

FELIX, FLORENTINO, PABLO y dichas

Estos aparecen cautelosamente y Felix les dice al entrar:

FELIX Esperad

GABRIELA ¡Ellos! ¡Sigamos con valor! Esta tropieza con Micaela. Ella es, y desmayada, eso nos favorece...

FELIX Gabriela.

GABRIELA Aquí estoy, venid.

FELIX ¿Y Micaela?

GABRIELA También; pero desmayada.

FELIX Vamos Florentino, y tú: espera y vigila. Van hacia Gabriela.

PABLO ¿Otra vez?..

FELIX Encended luz.

Florentino enciende un fósforo, Felix dobla una rodilla, levántala la cabeza y dice:

¡Tesoro de mi amor, cuantas lágrimas me cuestas!

Florentino se quema, tira el fósforo y grita mientras sacude los dedos;

FLORENTINO Ay, maldito!

FELIX A oscuras otra vez?

FLORENTINO No pude quemarme más...

Florentino enciende otro fósforo y mientras Gabriela enciende el quinqué Felix dice:

FELIX ¡Oh Micaela! Cuantas noches contemplé tu imágen aparecida en mi mente, cuando el llanto anegaba mis ojos y el alma te suspiraba; cuántas veces creí tenerte en mis brazos, acariciándote con ternura, y al despertar de aquel sueño, tan triste como feliz, todo era ilusión, mentira; pero ahora es realidad; ya eres mía!

FLORENTINO Señor: no perdamos tiempo, que dormir sobre el laurel es esperar la derrota.

FELIX Es verdad. Pablo.

PABLO Señor. Va hacia él.

FELIX Alzad y al coche. Los tres la suspenden. Por cara que sea la victoria siempre es victoria! Vamos, y tú, espérame.

GABRIELA Está bien. Sígueles con la mirada.

ESCENA XIV

GABRIELA

Desaparecidos los que se llevan á Micaela, ésta dice:

GABRIELA Ya respiro; pero no tranquila: respiro como el criminal que se felicita por su crímen! A él le entrego á la justicia, á ella al amante y aún me falta el niño, que pronto estará en mi poder; pero ay de tí, entonces!.. Y no será mía la culpa, porque si soy mala, á la tierra lo debo, y si buena gracias al Cielo! A la mujer, vale más saberla tener que sa-

berla querer.... Figura que oye el coche que parte y va hacia el fondo. Ya se la llevan, ya está abierta la tumba á los piés de esos infelices, ya no hay remedio, yo les perdí! Gabriela, no temblar, valor y sigamos la obra, porque así lo manda el oro!.. Aparece Felix. Ya está aquí. Figura distracción.

ESCENA XV

Felix y Gabriela

Felix (¿Qué idea será la suya?)
Gabriela (No adivinarás mi propósito...)
Felix (Veamos.) Va hacia ella.
Gabriela ¿qué hacemos?
Gabriela Esperamos.
Felix ¿A quién?
Gabriela A Gertrudis, que venga con el niño.
Felix ¿Y estás segura que vendrá?
Gabriela Sí.
Felix Esperemos pues.
Gabriela No, yo sola: tenemos cuentas que arreglar... y deseo sorprenderla.
Felix ¿Quieres que esté en el cuarto?
Gabriela Sí, y no salgais hasta que yo os llame.
Felix Así lo haré. Al llegar al cuarto se detiene y dícela: Que no te escape, asegura el golpe. Desaparece.
Gabriela El golpe... será seguro.

ESCENA XVI

Gabriela

Mira á todas partes y luego dice con desprecio:

Gabriela ¡Escóndete frente baja! .. Te daré una lección que no la esperas... El golpe será tan seguro como rudo, y así otra vez no convertirás en vil muleta tuya, al pobre que tal no busca. Mi esposo me hizo mala, tú me hiciste infame y yo me haré asesino, si el oro no apaga mi sed de sangre y mi ambi-

ción! Ya no hay clemencia ni virtud, sólo siento ódio, venganza y desesperación!

Mira á todas partes y al verse sola va precipitada hácia la mesa, abre el cajón, saca un cuchillo y acariciándole dice:

Buen filo y buena punta tienes amigo mío; contigo... segura estoy!.. La mujer es débil cuando vencida; pero cuando vencedora!..

Escucha ¡Ella! Esconde el cuchillo en su cintura, apaga la luz todo lo posible; pero no por completo, de puntillas va hacia la izquierda y escucha. ¡Lo es! Se acerca al portal de la cocina y escucha. ¡Y el niño!.. Hace unas carcajadas cuasi imperceptibles. ¡Pobre niño! Entra en el comedor y observará á Gertrudis procurando no ser vista.

ESCENA XVII

GERTRUDIS, RICARDO FELIX y dicha

Gertrudis viene por el fondo llevando á Ricardito de la mano, da unos pasos y temerosa ante tal oscuridad y silencio, se detiene y dice á media voz.

GERTRUDIS ¡Qué silencio! Pausa Micaela Pausa. No responde. Esa oscuridad y silencio me dan miedo. Pausa. ¿Estará en su cuarto?

Van hacia el dormitorio Espérame, tal vez esté con él llorando y pensando en tí. Que alegría, de seguro te come á besos.

RICARDO ¿Quién, mamá?

GERTRUDIS Sí, espérame. Medita.

GABRIELA (Todo lo ignora.)

GERTRUDIS Necia de mí ¿á qué temer?

Gertrudis entra en el dormitorio y Gabriela sale corriendo, colócase el niño en el lado izquierdo piernadelante y pierna atrás sujetándole con la mano izquierda y antes dice:

GABRIELA Ven niño.

RICARDO Mamá.

GABRIELA Calla.

GERTRUDIS Micaela.

Gabriela enciende el quinqué, pasa al lado izquierdo, empuña el cuchillo y queda mirando el portal.

FELIX Gabriela.

GERTRUDIS Soy Gertrudis.

FELIX Ah bribona, no me escapas! ¡Gabriela, el niño!

Ambos salen en tropel y al aparecer Gabriela levanta el cuchillo amenazando al niño.

GABRIELA Está seguro!...

FELIX ¡Hijo mío!

GERTRUDIS ¡Ricardo!

RICARDO Papá

GABRIELA ¡Atrás, si no quereis que con un golpe desvanezca vuestra esperanza!

FELIX ¡No, piedad! De rodillas.

RICARDO Papá.

FELIX ¡Hijo del alma!

GABRIELA Piedad buscais y me enseñasteis á no tenerla...

FELIX ¡Tú estás loca! Gertrudis se le acerca y dice:

GERTRUDIS ¡Venga el niño!

GABRIELA ¿Muerto ó vivo?...

Felix se levanta y detiene á Gertrudis diciéndola:

FELIX ¡No, atrás! Luego se acerca unos pasos á Gabriela. En nombre del Cielo, dame mi hijo. Ella levanta el cuchillo.

GABRIELA ¡Atrás ó muere!

Felix retrocede y llorando invoca el Cielo.

GERTRUDIS ¡Mala sangre!

FELIX Cielos de misericordia: no permitais que una venganza tan cruel caiga sobre mi inocente hijo.

GABRIELA El mal ha de darme el bien.

El se levanta con presteza, pónese las manos detrás y entrega el pecho descubierto, diciendo á Gabriela:

FELIX ¿Quieres mi vida á cambio de la suya? ¡Hiere y suéltale!

GABRIELA No, escuchad: Vos hicisteis mucho mal y justo es que lo pagueis De Andrés que era un hombre de bien, hicisteis un asesino; de Micaela que era el modelo de las esposas, haceis vuestra amante ó vuestra esclava; y de mí... que si no era buena tampoco era mala, habeis hecho una mujer despreciable, separándome del esposo, robándome la paz y la alegría, y todo eso vale mucho. Matasteis mis sentimientos nobles, desgarrasteis mi corazón, y todo eso, que vale tanto, vais á pagarlo con oro ó con sangre! ¡Elegid!

FELIX Con oro. ¿Cuánto quieres?
GABRIELA Ponedle precio...
GERTRUDIS ¿Qué culpa tiene el niño?
GABRIELA Anda.
FELIX Diez mil libras.
GABRIELA No bastan.
FELIX ¡Doblo!
GABRIELA Don Ramón me dará más sí...
GERTRUDIS ¡Mala entraña!
FELIX ¿Cuánto quieres?
GABRIELA Cincuenta mil.
GERTRUDIS ¡Jesús!
FELIX Tuyas son.

Felix se sienta y firma un recibo de 50.000 libras á favor de Gabriela, Gertrudis la insulta y ella le da la espalda.

GERTRUDIS ¡Eso es un robo! Lástima de presidio!.. De que te servirá ese dinero ante Dios?..
FELIX Toma. Dándole el recibo.
GABRIELA Dejadlo y retiraos.

Felix deja el papel sobre la mesa, y por detrás de Gertrudis va hacia la izquierda, mientras Gabriela, pasando por delante de ésta va hacia la mesa, coge el papel, míralo y dice: Está bien. Suelta el niño Gabriela queda inmóvil y sin soltar el papel ni el cuchillo mira como padre é hijo vanse al encuentro

FELIX ¡Hijo mío! Tómalo en brazos.
RICARDO ¡Papá! Bésalo con ternura.
GABRIELA Si el dinero no sirve ante Dios sirve ante el mundo y basta. Seré ladrona, infame, lo que se quiera; pero iré como muchas: disfrazada con la hermosa careta del oro!...
GERTRUDIS Eso es el mundo: protejer á los malos y castigar á los buenos; pero hay un día temible y un Dios para juzgarnos!
FELIX ¡Oh justicia del Cielo!

Gabriela estruja el papel y dice:

GABRIELA ¡Oh poder en la tierra!
GERTRUDIS ¡Oh virtud escarnecida!

Felix queda en el lado izquierdo besando á su hijo; Gabriela queda en el lado derecho en actitud amenazadora á la vez que mirando el papel; Gertrudis queda en el centro algo conmovida y llorosa.

Fin del acto segundo

JORNADA TERCERA

SEIS MESES DESPUÉS

LA VÍSPERA DE SAN FELIX

Este intérvalo de seis meses es el tiempo que se empleó para seguir la causa contra Andrés. En los presentes momentos se encuentra en presidio. La escena figura la ya conocida calle de San Miguel.

ESCENA PRIMERA

JUAN

Viene pausadamente por la izquierda, mira á todas partes y dice, de modo algo tosco:

JUAN Ya estoy aquí, venga cuando quiera. Llena la pipa. Todavía no es la hora. Va hacia el fondo. Sentémonos y ya vendrá. Siéntase al lado del portal de la iglesia. Ah, ah, ah; muy bien. Ahora meditemos un poco, porque el asunto es delicado; y la justicia es tan mala que al más bueno le ahorcan... Si como se hacen matrimonios pudieran deshacerse, Andrés no estaría en presidio, Micaela sería libre y yo, mañana me casaba con otra y pasaría la vida haciendo y deshaciendo matrimonios hasta encontrar una buena... Se levanta y mira hacia la derecha. Si no viene á las diez vendrá á las once; fuego á la pipa y esperemos, que fumando es de la manera que mejor se gasta el tiempo que sobra. Si al saltar la tapia le pilla algún tirito ya no hay que esperarle; pero y si no le pilla?.. Nada: lo que sea sonará. Pasa gente y le miran. Me miran porque con mi andar y mi pipa debo parecer algún

príncipe de la Rusia. Mira hacia la derecha. Ni la sombra; pobre Andrés! Mi esposa tiene la culpa de todo: después que ha perdido á esos desgraciados y robado una fortuna, me abandona y si te ví no me acuerdo. El que fía de mujeres y se descuida queda sin pantalones y entonces... le divierten. Que mundo: privar á un hombre de entrar en su casa y castigarle porque defendió su honor, es muy cruel. Si hubiera sido yo les rajo á todos! Si todos los malos tuvieran que ser castigados, no habría castigadores bastantes ni quien pudiera castigar sin antes ser castigado La ley no sirve más que para nosotros; al pobre le valdría más no haber nacido y así, ni habría tantos desgraciados ni el mundo sería tan feo; entonces todos serían ricos que comerían tortas bajadas del Cielo... Si yo fuera ministro no querría mantener á esa chusma que llena los presidios; pero si ellos no los llenaban ¿quienes los habían de llenar?... Escucha. ¿Será él? Va precipitado hacia la derecha. ¡Los pasos se acercan! Andrés, corre como un galgo. Se oyen gritos y tiros. ¡Valor! LlegaAndrés, figura le falta aliento y dice con esfuerzo:

ANDRÉS ¡Ah! Van tres tiros.

JUAN No temas. Le da una pistola. Toma y liquida con todos. Andrés vase corriendo y diciendo:

ANDRÉS ¡Señor, déjame vengar!

JUAN Valor y mano segura.

De seguida Juan se tiende y dice:

¡Ay, socorro, socorro!

Todo con la rapidéz posible.

ESCENA II

SERAPIO DOS SERENOS, UN POLICÍA, JUAN Y PUEBLO

Serapio es el capatáz del presidio, bajo de estatura, gordo, y siempre parece s ido el quilo. Llega corriendo el sereno primero y dice algo burlón:

SERENO 1.º ¿Querías burlarnos? pues guárdalo.

JUAN Ay, ay. Revolcándose. Llega el policía algo calmoso.

POLICÍA Las balas corren más que tu...
JUAN Ay, por Dios
POLICÍA Paciencia, paciencia.
El sereno segundo es un viejo que apenas puede andar. Viene muy despacio y dice:
SERENO 2.º ¿Le hemos matado?
SERENO 1.º No; pero se queja mucho.
SERENO 2.º Luego dirán que no sabemos tirar.
SERENO 1.º O que pasamos la noche dentro una entrada, sin tener en cuenta este buen servicio.
Acude gente y los serenos la hacen retirar, éstos figuran hablar.
SERENO 2.º Ahí está D. Serapio.
SERENO 1.º Parece una bota con dos palos y un melón encima.
Todos rien Aparece Serapio sombrero en mano y limpiándose el sudor.
SERAPIO Uf, que calor tengo.
Juan sigue boca abajo y quejándose.
Si no corro tanto no le pillo. Levántate bribón.
JUAN Ay cuanto me duele.
SERAPIO También me duele á mí la barriga que por poco más reviento... A ver la luz.
Los serenos acercan los faroles y Serapio mira á Juan.
Tiraste la chaqueta, no importa, os conozco en medio de las tinieblas.
JUAN Ay. Levántase poco á poco
SERAPIO ¿En donde estás herido?
JUAN En este ojo.
Serapio le mira y retrocede
SERAPIO ¡Ira de Cristo! Espectación.
POLICÍA ¿Qué pasa?
SERAPIO ¡No es él!
SERENO 2.º Estamos frescos. La gente ríe.
SERAPIO ¿Quien te hirió?
JUAN No lo sé: tropecé con uno y me pegó.
SERAPIO ¿Y no te mató?..
JUAN No señor.
SERENO 1.º De modo que nos burló?..
POLICÍA Ahora veo que no sabemos tirar.
SERAPIO Ni correr! Todos ríen.

UNO — Que lucidos... Ja, ja, ja...

OTRO — Buena lata...

Serapio les amenaza y dice:

SERAPIO — ¿Quien ha sido?

Todos gritan y silban hasta que los serenos despejan.

Si estuvieran en mi mano... serían como los otros. A ver tú ¿por donde se fué el otro?

JUAN — Por allí. Indica la izquierda.

SERAPIO — Vámonos, y á V. que le curen. He de encontrarle aunque esté en el fondo del mar.

Vanse Serapio, el sereno 1.° y el policía, y el 2.° dice á Juan:

SERENO 2.° — Vamos y os curarán.

JUAN — Vamos. Si no os curan á vosotros... ya puede dormir el pueblo... Vanse por la derecha.

UNO — Buen servicio prestan ..

OTRO — Y siempre lo mismo.

OTRO — Esos guardianes son como el reloj del Hospital que á las doce marcaba las nueve y era lo que iba mejor...

OTRO — Atrasado.

UNO — En la tierra del atraso... ¿que más se puede esperar?..

Vanse unos tras otros y figurando hablar.

OTRO — Está visto: somos el último toque del patudo...

Mientras se van pausadamente, baja un telón de boca que figura un corredor de la casa de Felix y á cada lado habra una silla; queda la escena completamente oscura.

ESCENA III

ANDRÉS

Andrés viene por la derecha, y como no conoce el lugar, con las manos por la pared va hasta llegar á medio, luego busca en el espacio y al no hallar portal exclama:

ANDRÉS — ¿En donde debo estar? Sigue buscando en el espacio y dice: Ni un portal, ni una ventana, ni un diablo que me guíe! Sigue buscando. Nada, oscuridad, tinieblas y un silencio que aterra! Piensa. Como late mi corazón. ¡Oh día triste! Quiero vengarme, y la amo tanto, que si la

tuviera no sé si la perdonaría. Como cambian los tiempos. Ayer todo era ilusión y hoy, todo tormento y lágrimas. Ya no soy aquél considerado hijo del trabajo; hoy el mundo me desprecia porque me falta la honra que injustamente me arranca; pero yo te ódio, mundo ingrato! ¡Oh poder! ¿Porque no hablas por mí? ¿Por qué me castigas y me niegas el derecho á la razón? ¿Y por qué me obligas á bañar el suelo de un presidio con lágrimas de dolor, mientras que el criminal, con lágrimas de placer, mancha la límpida claredad del sonrosado amor que aún puro lo conserva el alma mía? ¡Oh! No quiero recordarlo; llegó la hora de la venganza, hora del justo castigo. Empuña el cuchilo. ¡Andrés: valor y mano segura! Va hacia el fondo, se detiene repentinamente y dice: ¡Pasos! Córrese hacia la derecha diciendo: ¿Quién será!

ESCENA IV

GERTRUDIS Y ANDRÉS

Esta asoma la cabeza y pregunta:

GERTRUDIS ¿Quién hay?

ANDRÉS Esa voz!..

GERTRUDIS Creí. . Da unos pasos.

ANDRÉS La conozco! .

GERTRUDIS ¿Habré soñado el ruído?

Andrés tropieza con la silla.

¡Qué! ¡Ah torpe de mí! Si es el perro... León, león, ven no te pegaré.

Medio agachada busca con las manos y tropieza con Andres, éste le pone mano al cuello y dice, mientras Gertrudis exclama:

¡Ah!

ANDRÉS Calla ó mueres!

GERTRUDIS ¡Andrés!

ANDRÉS El mismo.

GERTRUDIS Suéltame.

ANDRÉS ¿En dónde está Micaela?

GERTRUDIS En el comedor.
ANDRÉS ¿Y Felix?
GERTRUDIS Con ella.
ANDRÉS ¡Con ella!... Acompáñame.
GERTRUDIS ¿Qué intentas? Suéltala.
ANDRÉS ¡Matarles!
GERTRUDIS ¡Dios mío!
ANDRÉS Vamos ó empiezo por tí.
GERTRUDIS Una palabra.
ANDRÉS Ni media.
GERTRUDIS Te arrepentirás y será tarde!...
ANDRÉS No importa.
GERTRUDIS Estás ciego y no sabes que te haces.
ANDRÉS Mi sangre vuélvese fuego y me abrasa el corazón! Quiero vengarme, matar ó morir!
GERTRUDIS No sabes la causa de tu desgracia, ella es inocente como tú!
ANDRÉS ¡Mientes!
GERTRUDIS Lo sé todo.
ANDRÈS ¡Mentira!
GERTRUDIS Escucha.
ANDRÉS ¡No!
GERTRUDIS Una palabra y vamos.
Piensa un momento y dice:
ANDRÉS Habla pronto.
GERTRUDIS ¿Te acuerdas de la noche en que te prendieron?
ANDRÈS Sí: la tengo grabada aquí Dáse un golpe en la frente. y aquí! Indica el corazón.
GERTRUDIS Pues al dejarla cayó desmayada y en tal estado Felix la llevó aquí, y ésta es su cárcel.
ANDRÉS Su cárcel no, el palacio en donde vive feliz y segura de que no saldré del lugar en donde acabé las lágrimas, los sentimientos nobles, todo: menos el deseo de vengarme!
GERTRUDIS Los culpables son Don Ramón y Gabriela.
ANDRÉS Si ella es inocente ¿por qué no me defendió?
GERTRUDIS Porque estaba amenazada y mejor guardada que tú.
ANDRÉS Eso no es verdad, D. Ramón es mi protector.

GERTRUDIS Te engañas: ese hombre tiene una cara para cada persona, una devoción para cada Santo y una fe para cada religión! A esos debería castigar la justicia y no á los inocentes como vosotros. Ella te ama, su corazón es tuyo y lo que ha sufrido por tí la están llevando á la tumba. Sus ojos son un torrente de lágrimas y cada día, para ella, es un paso hacia la muerte. Ya sabes lo bastante ¿quieres matarla? vámonos y mátala. Parte llorando.

ANDRÈS No, espera.

GERTRUDIS ¿Qué? Andrés piensa.

ANDRÉS ¿Cómo ser culpable D. Ramón y él es el único que se interesa por mí? El hizo lo posible para librarme del presidio, y hoy: él ha preparado mi efugio.

GERTRUDIS Si te tuviera aprecio no habría preparado esa evasión que acaba de perderte, porque los pasos que te alejan del presidio te aproximan al cadalso. D. Ramón te acompaña á cometer un doble crímen, porque en ello hay su venganza; quiere ver á Felix casado con su hija ó muerto. Y en cuanto á tu esposa, si no fuera por unas redes indestructibles que la tienen cercada, tendrías pruebas de su lealtad y virtud.

ANDRÈS ¿Qué redes son?

GERTRUDIS Una red formada con lazos que brotan del alma. No me preguntes más, ella lo dirá todo...

ANDRÈS ¡Triste de mí!

GERTRUDIS Si haces más sangre y no vas al cadalso ¿qué conseguirás? Serás un diez ó un veinte que llenarás los presidios por culpa de otro. Piénsalo bien.

ANDRÈS Son mi perdición y mi deshonra y si les mato, que me juzgue Dios.

GERTRUDIS ¿Y los hombres?

ANDRÉS Esos no juzgan sino que castigan como quieren.

Gertrudis le ve asomar unas lágrimas.

GERTRUDIS Las lágrimas son el más elocuente lenguaje que interpreta los sufrimientos. Andrés se muestra ofendido y dice:

ANDRÈS Lloran las mujeres y los niños; pero no los hombres .. y menos los condenados! Soy un asesino que tengo seco el corazón y adormecida el alma! La cárcel me espera, estoy entre la soga y la venganza! ¿Andrés á qué has venido?

Empuña el cuchillo y dice con arranque febril:

¡Dios clemente, apiádate de todos! Vamos!

Vánse precipitados por la izquierda, Gertrudis delante

ESCENA V

FELIX Y MICAELA

Durante las dos escenas anteriores será preparado un grande y lujoso salón estilo Luis XVI Esta habitación tendrá un portal en el fondo y otro en el lado izquierdo En el lado derecho habrá un grande y antiguo sillón y al pie de este un almohadón encarnado para poner los pies. Felix viene por el fondo dando el brazo á Micaela; irán muy despacio á causa del grave estado de ella, que la anemia la lleva á la muerte Viste bata blanca. lleva el cabello deshecho y medio caído por delante Al aparecer figura que continuan la conversación.

FELIX Lo que te he dicho siempre: tranquilidad y olvido.

MICAELA Lo procuro y no lo consigo.

FELIX Pero hoy estás mejor.

Ella siente gran opresión, pone la mano sobre su pecho y hace como si le faltara el aire. ¿Qué te pasa?

MICAELA Se me abrasa el corazón y el alma se me hiela.

FELIX Te llevaré en brazos.

MICAELA No: vamos poco á poco. Ayúdame Dios mío! Dan unos pasos y se detienen. Que tormento, y todo para morir. Siguen hasta el sillón.

FELIX Sentada estarás mejor.

MICAELA Y más cerca de la tumba.

Siéntase y él dobla una rodilla.

FELIX Querido sol de mi luz: aleja estos lúgubres pensamientos que enlutan el alma mía; pien-

sa en la vida, en Dios y en nuestro amado hijo.

MICAELA Pensar en morir es pensar en la vida eterna. Este es mi destino y en ello hay la mano de Dios! Pobre hijo: cuanto sufro por tí!

FELIX No lo recuerdes porque á raudales se desprenden las lágrimas del corazón!

MICAELA Es la voluntad suprema.

FELIX ¿Y nuestro hijo?

MICAELA Pobrecito: apenas llega al mundo y ya paga nuestras penas. Si también sigue las hordas impías y la mundanal corriente de atropellar la virtud, escarnecer el honor y confiar la victoria al vil caudal que heredare, ¿de qué le servirá ante Dios, sino para perpetuar su penitencia?

FELIX ¿Qué dices?

MICAELA No lo sé, tal vez deliro.

FELIX No; pero recordando el pasado entristeces el presente, y en nuestro feliz porvenir también verás la mano de Dios.

MICAELA En todo hay el poder de la justicia Divina. Que feliz al ver sonrosado y entre el fosco horizonte el hermoso camino del Cielo! El levántase.

FELIX Deja el cielo para cuando Dios te llame, sé feliz en la tierra ya que El lo quiere. Voy por nuestro hijo ¿quieres verle?

MICAELA Sí, tráelo: mi frío labio busca el calor de su frente.

FELIX El será vuestro consuelo.

Váse por el fondo.

ESCENA VI

MICAELA

Sécase los ojos y el sudor de su frente, del pañuelo hace abanico y luego dice con marcada pesadez:

MICAELA Corta es la vida cuando se vive, larga cuando se sufre y siempre precipitado es su fin. Con los momentos que me restan, arrancaré

del pecho mío, lágrimas de dolor y arrepentimiento! Pausa. ¡Pobre esposo! Que día el de tu santo, y que día el de mañana, santo del padre de mi hijo! Cuan triste es pensar en un mañana que no ha de verse; pero yo me siento feliz, porque la mano del Omnipotente me custodia y protege para que vaya á gozar de la dulce y eterna paz. Gracias Señor!

Gertrudis asoma la cabeza por el portal de la izquierda, da unos pasos, tiende la mano izquierda hacia Micaela como quien dice allí está. Aparece Andrés, cuchillo en mano y queda mirándola.

ESCENA VII

GERTRUDIS, ANDRÉS y dicha

MICAELA Abrid vuestros dulcísimos brazos á la penitente que os lo ruega, guiad á los inocentes que sufren por mí y que yo moriré por ellos!

Gertrudis llora y Andrés con ademán imperativo la dice que se vaya; ésta se agarra á la puerta, deja caer la cabeza sobre los brazos y llora. Andrés en actitud amenazadora da unos pasos hacia Micaela y se detiene.

Pobre Andrés, ya no te veré más. Pausa. Bajo la fría losa esperaré tu perdón. Allí rogaré por tí, mientras tú en un rincón de cárcel pasarás las horas maldeciéndome, creyendo que te olvidé, que fuí feliz y que hasta te aborrecí. ¡Oh Dios mío, desvaneced tal error, porque el pensarlo me mata! Hoy que separada de tí, no veo más que la muerte ni anhelo más que la tumba. Pausa. Andrés lucha entre el deseo de vengarse y el amor que la siente; Gertrudis sigue tras él dispuesta á pararle el golpe.

Si en estos últimos momentos de mi vida pudiera darte el postrer abrazo, leer en tus ojos los sufrimientos del alma, decirte que soy inocente, que esta casa es mi cárcel y que no maldigas á la que tanto te ama:

cuan dulce me fuera la muerte! Dícelo fatigosamente y Andrés se le acerca. Cuanto sufro, cuan grande es el tormento de mi condenación! Pausa. Esposo amado: perdóname y recibe mi postrer adios!

Este suelta el cuchillo y se tira de rodillas á los piés de Micaela exclamando:

ANDRÉS ¡Micaela!

MICAELA ¡Andrés!

GERTRUDIS ¡Salvada!

MICAELA ¿Es visión ó sueño?

GERTRUDIS No, realidad.

ANDRÉS ¡Oh esposa mía! No te ódio ni te maldigo, te amo como siempre!

MICAELA Verte al fin de mi vida, que consuelo para el alma!

ANDRÈS Si un punto de vida te resta lo defenderé con la mía.

MICAELA Ya soy feliz, ya puedo morir!

ANDRÉS ¡Eso no!

MICAELA La muerte es el poder sobrehumano que no teme á los valientes ni los clementes le afligen Van á dar las once y no me resta un mañana, grava en tu mente mis últimas palabras, como eterno recuerdo mío. Te amo como sé ama á la madre; la fatalidad nos hizo desgraciados y al saber cuanto sufrí, con lágrimas amargas bañarás la tierra que me cubra.

ANDRÉS ¡Oh esposa querida!

Andrés deja caer la cabeza sobre las manos y figura llorar mientras ella muéstrase abatidísima.

GERTRUDIS ¿Y Felix? Va hacia el fondo.

MICAELA Sobre el borde del sepulcro juro, aunque no me perdones, que mi último aliento será para bendecirte.

GERTRUDIS El conflicto se acerca, es preciso evitarlo! Vase corriendo.

ANDRÉS Siendo tan buena ¿como perdonarte?

MICAELA Y no tardes porque contados me son los momentos.

ANDRÉS No recuerdo que me faltaras y si mi corazón fuera tan cruel que te guardara rencor, á girones me lo arrancara por no sentirle jamás! Huyamos de este aposento, que su ambiente putrefacto te mata y á mí me envenena! Se levanta.

ANDRÉS Venga la muerte ó quien quiera disputarte, aquí estoy!

MICAELA ¿Y si viniera?

ANDRÉS La vencería: porque tu sombra me da valor, tu corazón me embravece y tan dispuesta tengo el alma que á nada temo! Pasa á la izquierda de Micaela y dice arrogante: Aquí estoy: que vengan los diablos, la muerte ó quien quiera disputarte, que para libertarte de esos mónstruos gustoso lucharía con ellos!

ESCENA VIII

FELIX, RICARDO, GERTRUDIS Y DICHOS

Aparece Felix por el fondo llevando á Ricardito de la mano y figurando hablar.

FELIX Vamos á verla.

ANDRÈS ¡Helo aquí!

FELIX ¡Cielos! Quedan mirándose.

MICAELA ¡Andrés! Quiere levantarse.

ANDRÉS Ya estamos cara á cara..:

FELIX Pero en mi casa.

ANDRÉS Y en ella os arrancaré la vida.

MICAELA Andrés hazlo por mí!

FELIX Micaela, Ricardíto! .

MICAELA Venid, venid á mí.

Micaela hace esfuerzos para levantarse y no lo consigue; Felix da unos pasos hacia ella, Andrés se pone entre ambos, le apunta con la pistola y dice:

ANDRÉS Si avanzais un paso más tropezareis con la muerte!...

Felix suelta el niño y queda petrificado sin saber qué hacer.

MICAELA ¡Socorro, Gertrudis!

Gertrudis viene corriendo y al ver á Andrés que amenaza á Felix, queda como aterrada.

FELIX Necesito hablarla.

Gertrudis casi de rodillas dice:

GERTRUDIS ¡Andrés!

ANDRÉS Es inútil, el poder del oro acabó, sólo hay la razón ó la fuerza!

MICAELA Gertrudis!

GERTRUDIS Micaela!

MICAELA ¡Detenedles!

ANDRÈS Defended vuestra vida cual yo mi honra; pero presto! .

FELIX Antes necesito hablarla y os lo pido en nombre del Cielo.

MICAELA Andrés: deja que venga.

ANDRÈS ¡Nunca! Me arrebatásteis la mujer, me llevásteis á la deshonra y ahora que vengo á pediros cuenta quereis que sea clemente!..

MICAELA ¡Piedad Señor!

FELIX A nadie rogué y á vos os ruego.

MICAELA Sí, Andrés; deja que me hable!

ANDRÈS ¡Jamás! Luego dice á él: ¡Sois un cobarde!

FELIX ¡Miserable! ¿Y pudísteis creer que os temo?

ANDRÈS A mí no, á la muerte.

FELIX Mentís, y vamos antes que no os arranque la lengua!

Micaela consigue ponerse de pié y queda apoyada al sillón.

MICAELA ¡No, deteneos!

GERTRUDIS ¡Huid señor!

FELIX ¡Imposible!

ANDRÈS Esposa mía: el Cielo dará ventura á quien la tierra negó la razón; si vivo es por tí, y si muriera sería por tí. ¡Vamos!

FELIX Micaela, ruega al Cielo por todos, adios! Vamos. Felix váse precipitado por el portal de la izquierda.

MICAELA ¡Andrés, espérate!

Este sigue á Felix y antes de llegar al portal Gertrudis se tira de rodillas y dícele:

GERTRUDIS ¡Andrés, por tu esposa que muere no te vayas!

ANDRÉS ¡Quita!

GERTRUDIS ¡Por misericordia!
Gertrudis agárrase á las piernas de éste.
ANDRÉS ¡Suéltame!
GERTRUDIS ¡No, no te irás!
Tírala con violencia y dice:
ANDRÉS ¡Fuera! Váse precipitado
GERTRUDIS ¡Ay! Queda tendida.
MICAELA ¡Ah! Dios clemente ¿porqué no puedo valerme cuando podría salvarles?
Queda apoyada al respaldo del sillón y parece desfallece.

ESCENA IX

MICAELA Y GERTRUDIS

Gertrudis se levanta con esfuerzo mientras dice:

GERTRUDIS ¡Señor, ayúdanos!
MICAELA ¡Gertrudis!
GERTRUDIS ¡Hija mía!
Abrazadas lloran un momento.
MICAELA ¡Tened compasión, Dios mío, no permitais que se maten! Gertrudis corred ya que no puedo moverme!
GERTRUDIS Es inútil, sobra uno de los dos, es el destino!
MICAELA ¡Ni mi esposo ni el padre de mi hijo sobran en el mundo! Corred y salvadles: os lo pide una madre, una esposa, ó una mujer desgraciada en lo último de su vida! ¡Corred por misericordia!
GERTRUDIS ¡Voy á impedirlo ó á morir!
Váse resuelta por la izquierda.
MICAELA ¡El Cielo os ayudará!
Por el fondo aparece Ricardito.
¡Hijo mío!
RICARDO ¿Por qué lloras mamá?
MICAELA ¡Tu padre muere, llámale!
RICARDO ¡Papá!
MICAELA ¡Corre y sálvale!
RICARDO Papá, papá. Vase por el fondo.
MICAELA ¡Si yo pudiera valerme!..
Gertrudis aparece precipitada y como presa del terror
¿Qué?

GERTRUDIS ¡Cerráronse, llamé y nadie contestó!

MICAELA ¡Derribad la puerta, haced lo que querais; pero impedid que se maten!

GERTRUDIS ¡Si Dios me daba la fuerza!..
Gertrudis vase corriendo.

MICAELA Si me la diera á mí, se besarían los polos antes que matarse!! Aparece Ricardito.
¡Hijo mío: llámale, corre!
Vase por el fondo.

RICARDO Papá, papá mío.

MICAELA ¡Y no responde! ¡Oh que suplicio! Rompe á llorar. ¡Ah! Se oye una detonación seguida de otra. Esta quiere acudir, suelta la silla, da unos pasos y cae poco á poco exclamando:
¡Muertos! Aparece Gertrudis.

GERTRUDIS Sí, Micaela: sonó la hora!

MICAELA ¡Muertos! Gertrudis se acerca al portal y escucha.

GERTRUDIS El silencio de la muerte! Retrocede. ¡Yo temo!

MICAELA ¡Yo les perdí!...
Gertrudis queda mirando el portal y Micaela apenas puede moverse.

ESCENA X

ANDRÉS y dichos

Aparece Andrés como trastornado y dice:

ANDRÉS ¡Vengado estoy!

GERTRUDIS ¡Y vivo!

ANDRÈS Sí.

MICAELA ¡Andrés!

ANDRÉS ¡Micaela! Va hacia ella.

MICAELA ¿Qué has hecho desgraciado?

ANDRÈS Le arranqué la vida y con su sangre lavé mi deshonra!

MICAELA ¡Pobre Felix!

ANDRÈS ¿Le amaste?

MICAELA No; pero debo llorarle porque es el padre de mi hijo!

ANDRÉS ¿De tu hijo? Viene Ricardo.

MICAELA Sí.

RICARDO ¡Mamá!

MICAELA ¡Ven hijo querido!

ANDRÈS ¡Es posible?
Esta abraza á Ricardo y dice:

MICAELA Este es el secreto que no quise revelarte, míralo, este es mi hijo.

ANDRÈS ¡Oh triste realidad ¿por qué matais mi ilusión en tan supremo momento?

MICAELA La noche en que te prendieron, Felix quería, que le siguiese.

ANDRÈS Y tú?..

MICAELA Invoqué, á Dios, y, esperé, tu arrebato.

ANDRÈS Pobre Micaela: perdóname. La besa en la frente.

MICAELA Lo estás. Pausa. Fuí esposa fiel. Aparenta que desfallece.

ANDRÉS ¡Lo creo!

MICAELA No dudes... de .. mi... virtud.

ANDRÈS ¡No dudo, no!

MICAELA Y.. si os perdí ... no es.... mía... la culpa... sino. . Pausa, toma aliento. de... la fatalidad... que me... impuso... dos... incompatibles.... deberes. Todos ... perdón; hijo... mío... un be... un beso! La abraza y besa.

ANDRÉS ¡Bésala Ricardito!

RICARDO ¿Qué tienes mamá?

MICAELA Muero.

RICARDO ¿Y papá?

MICAELA En... el Cielo!

RICARDO También quiero ir.

GERTRUDIS ¡Pobre ángel!

MICAELA Esposo.... ten. .. piedad.. . de... la madre.... que.... en.... lo último.... de... su vida... te entrega... un.... sér .. de.... sus.... entrañas.... para .. que... seas... su... padre! Pausa. Jura... no... abandonarle!

ANDRÈS ¡Lo juro por tu eterna gloria, y lo juro ante Dios!

MICAELA Gracias. Mañana... al.. despuntar .. el... día... mi... alma... habrá... comparecido... ante... el .. tribunal... del... Señor!

ANDRÈS ¡Esposa querida! Desfal'ece.

GERTRUDIS ¡Hija del alma!

RICARDO ¡Mamá!

MICAELA Per...dón. . hi...ijo... el... último... beso. La besa. Muero... rogad... por... mí. . á... Dios. Andrés la abraza con desespero

ANDRÈS ¡¡Micaela, Micaela!! Muerta Dios mío, muerta!! ¡Oh destino cruel!! Deja caer la cabeza sobre las espaldas de Micaela y llora.

GERTRUDIS ¡Por su vida daría la mía!

ANDRÈS ¡Hijo del alma: ven á mí, ven y lloremos juntos!

GERTRUDIS ¡Pobre Micaela! Se arrodilla ¡Roguemos todos al Cielo, por una mártir en la tierra!!

FIN

Palma 15 Mayo 1901.

NOTA

Micaela

Apenas 18 años tendría cuando quedó sin padres y pasó á servir, como criada, á una señora vieja y viuda que tenía un hijo; el cual apenas contaba veinte y cinco primaveras. Este joven se enamoró de Micaela, y ella fiando de las falsas promesas del galán, se dejó seducir y poco después fué como la botella del borracho, que cuando vacía, la cambian por otra. Al ser conocedora dicha señora del grave estado de la pobre huérfana, echóla de su casa sin el menor miramiento, y al verse sin familia y sin amparo, en un buque velero embarcóse para Valencia, en donde tenía unos tíos, los cuales la ampararon con la mayor benevolencia. Cuatro ó cinco meses después la desventurada sirvienta dió á luz un robusto hijo, que fuele robado cuando apenas contaba tres meses; entonces la desconsolada madre puso á la práctica cuantos medios estuvieron á su alcance, para averiguar el paradero de su adorado hijo y todo fué en vano Pero luego supo ésta que su hijo estaba en poder de Felix, y como la tía no la permitiera volver á Mallorca, allí quedó la afligida madre esperando el azar de los tiempos. Apenas se gozaba de una relativa calma, cuando ésta recibió una carta que figuraba ser de Felix, concebida en éstos términos:

«Micaela: el destino puede más que los humanos; te amé y no pude corresponderte aunque á pesar mío Al recibir la presente seré casado con la hija de D Ramón, cásate si lo puedes, segura de que nuestro pasado será un secreto que sólo Dios conocerá -*Felix* »

Micaela que no era maliciosa ni tenía motivo para dudar, creyó esa vil mentira; y ya sin esperanza, se resignó á consagrar al hogar y á la penitencia el resto de su vida Dos años después de estos acontecimientos casóse con un joven mallorquín que trabajaba en Valencia; al cual, por temor, no le manifestó su grave falta. Unos tres años después vinieron á Mallorca, y tras larga pieza de tiempo, la afligida madre consiguió ver á su llorado hijo; entonces concibió la idea de apoderarse de él, aúnque á costa de su vida y honra Esta quería verle, besarle y bañarle con sns lágrimas, en una palabra, quería lo que es justo que quiera quien siente las dulzuras de ese idealísimo amor materno. Este es el estado de nuestra protagonista al empezar la parte trágica de su vida. Su carácter es simpático, melancólico, pero las circunstancias la obligan á fingirse alegre; sus modales y ademanes son algo delicados; y si se la ve indecisa, apesar de ser enérgica y resuelta, es debido á esa lucha moral que provoca el querer y el no poder querer. Al aparecer en escena figura venir de la cocina. Viste falda de rayadillo azul y blanco, lista, delantal verde y encarnado; un pañuelo marrón sobre las espaldas, peinado muy alto y zapato de piel blanca. Sale despacio, meditando y mira el reloj, por casualidad.

Andrés

Este joven antes de ir al servicio de las armas ya era amigo y vecino de Micaela, tomó la licencia en Valencia y allí quedó traba-

jando en una herrería. Andrés visitó á los tios de Micaela y al ver á ésta hecha una guapa mocetona quedó prendado y de modo tal, que poco después fué casado con ella. Y como sabemos: vinieron á pasar el resto de su vida en la querida y añorada patria. Una vez en ésta, Andrés halló trabajo en una herrería eu donde había algunos operarios amigos suyos. Por iniciativa de éste, compraron un billete de la lotería que fué premiado con 80 reales. Y en el momento en que Micaela está esperándole, éste y algunos compañeros hacen los preparativos necesarios para ir á Valldemosa y gastar los cuatro duros en conmemoración del día de su santo El esposo de Micaela es un chico franco, muy trabajador y buen operario Tiene buen criterio y aunque no es muy instruído trata bien las cosas; es despreocupado, buen amigo y por tanto: querido de las personas que le conocen. Para él, no es rico el acaudalado sino el que puede levantar la frente ante la faz del mundo, dotado de talento, que es la mayor riqueza. Aparece contento y cariñoso como siempre. Viste blusa de rayadillo azul y blanco, pantalón del mismo color, gorra negra con vicera de charol y zapato de piel blanca. La ropa estará ennegrecida. Aparece alegremente por el fondo

Juan y Gabriela

Aunque llevaran algunos años de matrimonio, contados eran los días en que habían gozado de la paz conyugal. El es un obrero tan franco como tosco, es amigo de Andrés y se quieren como hermanos. Y aunque inculto y grosero, es honrado y leal. Ella es lavandera; sus modales y ademanes son tan grotescos como molestos; es algo popular y conocida con el seudónimo: la *Pimentera*. Es amiga de Micaela y conoce la historia de su vida, y si la hace traición es porque Felix la obliga á ello á cambio de mucho dinero Esta aconseja a Micaela que abandone el esposo y que siga al amante Si desempeña tan odiable papel es más, seducida por el oro que por el instinto de maldad; pero el mal se ha hecho un hábito, ya por falta de educación ya por falta de sociabilidad. Después de cometer una mala acción el remordimiento la lleva al arrepentimiento; pero ya consumado el hecho pasa por mala. La venida de éstos, la motiva la expedición á Valldemosa, y ella aprovecha la ocasión para hablar á Micaela. Esta la huye cuanto puede; pero Gabriela no le hace caso. Juan viste trage negro y sombrero de ancha ala, y Gabriela viste falda azul, un pañuelo negro sobre las espaldas y otro puesto en la cabeza Aparecen muy contentos.

Pedro y Bartolomé

Son dos jovenes de unos 25 años, compañeros de taller de Juan y Andrés, y ademas copartícipes del premio. Son de buen humor y puede decirse, el alma de la expedición. Visten algo chulesco, llevan una guitarra y antes de aparecer cantan la conocida copla.

Gertrudis

Es una cincuentona verde, que fué amiga de la madre de Micaela y quiere á ésta, cuasi como si fuera hija suya. Aunque falta de recursos, si hace la voluntad de Micaela, es más por cariño que por gratitud. Motiva la venida de ésta, el deseo de ver á Micaela y darle cuenta de como se hallan las cosas. Aparece recelosa porque te-

me que Andrés pueda sorprenderla y descubra el secreto. Viste pobremente; pero entre sus arapos se vé un ser noble.

Don Ramón

Es un viejo bien conservado; pero que come en el presente y vive en el pasado. Cree que su prosapia y buena posición le autorizan para hacer todas las ridiculeces y vilezas que á él le diere la gana; cosas impropias para el hombre de buenos sentimientos, que respira el purificado ambiente, que alumbra la hermosa luz del progreso. Muéstrase ferviente católico, porque tiene la convicción de que pareciéndoles lo suficiente para serlo y merecer la confianza de todos. Hoy parece que estudia para santo, sin acordarse de su pasado ni de como menoscabara la fortuna que hoy quiere reparar, casando á Felix con su hija. Con su trabajo infernal hizo imposible el casamiento de Felix con Micaela Y para terminar su odiosa obra, en los presentes momentos se propone robar el hijo de Felix y entregarlo á la madre, si ésta inmediatamente no abandona Mallorca. Teniendo á esta lejos cree que es más factible el casamiento de Felix con su hija. Y el no haber estado Gertrudis en su casa motiva la venida de éste, que desea hablar á Micaela para poner condiciones y quedar de acuerdo. Aparece benévolo y tímido.

Félix

Aparece por el fondo, dá una rápida mirada y vacila, como el malhechor cuando se dispone á cometer un delito y está, entre el deseo y la responsabilidad. Este joven tendrá unos treinta años; es de estatura regular, moreno, lleva poblada y negra barba que fine en dos puntas. Viste con la elegancia propia de los provincianos que procuran imitar á esos chulos de buen tono. Y como nos es conocida la historia de su vida sólo diremos que al saber éste, que Don Ramón quería hacer desaparecer á su hijo, ofreció doble cantidad á los encargados del secuestro y éstos se entregaron al mejor postor, y el niño quedó en poder de Felix. Este deseaba vengarse de su suegro en perspectiva, y sobre todo, romper esa amistad tan peligrosa. Y como sabemos, el hijo motivó la venida de la madre, y que Felix estaba enamorado de ella y dispuesto á todo para conseguirlo La suerte fué adversa y derrumbóse el plan de Don Ramón. Y fiando éste de Gabriela, fué á ver á Micaela, acompañado de dos criados para que vigilaran. Así se hallan las cosas cuando aparece Felix en casa de Micaela.

Pablo

Es el criado de confianza de Felix; es casado y tendrá unos cuarenta años. Es servil, algo hipócrita y muy amigo del dinero Sabe leer y escribir, en la taberna hace discursos y se cree un Séneca. Cree tener ideas avanzadas porque lee algunos periódicos, y á fuerza de años ha conseguido aprender cuatro palabras de libertad, dos de esclavitud, una de derecho y ninguna de deber Este es uno de los dos criados que acompañaron á Don Felix á casa de Andrés. Los libertinos amores de Felix costaron algunos disgustos á Pablo, principalmente el escándalo habido en casa de Andrés que poco faltó para ver agujereado su pellejo. Ha pasado el día en el tribunal prestando declaración. Y al aparecer hace pocos momen-

3 0112 098518738

tos que ha sido puesto en libertad y viene á casa de Felix para decir á éste que no quiere estar más á su servicio Viste blusa y pantalón de rayadillo azul y blanco, gorra peluda y zapato blanco. Aparece por la izquierda.

Antonia

Es la cocinera, ama de llaves y cuasi la señora de Felix. Es una hermosa payesa de veinte años; su carácter simpático y alegre la hace más buena que no es. Esta zagala viste el trage de payesa mallorquina con elegancia tal, que es preciso mirarla. Viene por el fondo y creyendo que es Felix el que está sentado, de puntillas va hacia él, como si quisiera asustarle, y al ver que es Pablo le habla en tono burlesco.

Florentino

Es apoderado de Felix; tendrá de cuarenta á cincuenta años; alto, flaco y vivaracho. Es uno de aquellos escrupulosos apoderados que con la mayor delicadeza sabe engrosar su montón y empequeñecer el de su amo. Es ambicioso y por el dinero hace todos los papeles imaginables Cuando habla con Felix no se le vé respetuoso sino hipócrita y servil. Es uno de los que se entregan al mayor postor...

Ricardo

Hijo de Felix y Micaela; tendrá de cinco á seis años, es alegre y muy gracioso.

EL LANCE

Siendo legal este desafío, ante el mundo parece un asesinato, porque le falta esa fuerza moral que le dan los testigos y demás requisitos Ciérranse en una pequeña sala, dejando la llave puesta en la cerradura, para que pueda salir el que resulte vencedor Acordaron la manera en que debía efectuarse el lance y cada uno escribió una carta en la cual había estas palabras: Me mato porque estoy cansado de vivir y penar, no culpeis á nadie. Seguidamente cargaron dos pistolas, una con bala y la otra con ataco de papel; las ponen dentro de un pañuelo, apagan la luz y cogen con cada mano un extremo del pañuelo, columpíanlo y á la señal acordada suelten dos extremos y las dos pistolas cayeron á larga distancia; dánse las manos izquierdas y de ese modo buscan las pistolas. Andrés fué el primero que encontró una pistola y dijo: tengo la mía Lo que pasó y pensaron en aquellos momentos en que Felix seguía buscando su pistola, no hay pluma que lo escriba ni saber que lo interprete; no se oían ni las respiraciones de uno y otro, sólo el terror imperó, hasta que Felix dijo: Y yo también. Entonces sin soltarse las manos ni hablar más palabras, puso cada cual la boca de la pistola sobre el pecho de su adversario y al decir fuego ambos disparnron: Felix cayó exánime. Como la carta que dejó Felix era escrita por mano temblorosa, el tribunal la creyó falsa y dió por asesinato lo que era un desafío en toda regla. Andrés es el efecto, Don Ramón la causa, y como las leyes castigan por el efecto y no por la causa. Andrés fué condenado. Y no haríamos mención de ello si no fuera necesario para continuar la historia que acabamos de formar de la primera parte.